APUNTES

PARA UN LIBRO DE BIOGRAFÍA Y DE CRÍTICA

LA POESÍA LÍRICA EN CUBA

(Apuntes para un libro de biografía y de crítica)

POR

EMILIO MARTIN

PRIMERA SÉRIE

OVIEDO
IMPRENTA DE VALLINA Y COMPAÑÍA
PLAZUELA DE LA CATEDRAL, 9
1882

INTRODUCCION.

"The proper study of mankind
"is Man."

POPE.

Tropezóse el autor de estos *apuntes* con una obrilla lujosamente impresa en París y de no escaso mérito literario. Su autor, que fué su amigo en tiempos mejores, se despachó á su gusto, dando golpes de bombo y platillos en loor de los poetas americanos; y tanto de ellos habla y tan retebien los aplaude que, casi casi, habíase formado, leyendo tales alabanzas, un concepto sobradamente exajerado de la poesía lírica de estos pueblos.

Conocía, por aquel entonces, la silva *á la zona tórrida* de Bello, los versos de la Avellaneda y uno que otro pasaje de Maitin; pero ignoraba, é ingénuamente lo confiesa, que hubiese por estos mundos de Dios, poetas tan exclarecidos y tan excelentes literatos, que pudieran rayar á la altura de los nacidos en la madre pátria.

Vergüenza, y muy sobrada, es la que siente al recordar ahora este delito de lesa literatura, que, ó mucho se engaña, ó como tal debe reputar la ignorancia en que se encontraba. Pero quiso la suerte, y de ello se goza, que en sus manos cayera la obra de su amigo, exparciendo nueva luz sobre asunto tan oscuro, y avivando su deseo de conocer y estudiar joyas literarias de tan subido precio. Registró bibliotecas, recorrió librerías, habló á todo el mundo de esa literatura tan poco conocida, y, aconsejado por unos y auxiliado por otros, tomando apuntamientos aquí y allá, escribió el presente libro que, á falta de otro mérito, puede presentar, cuando menos, el de la novedad.

No pretende el autor de estos *apuntes* dar á la imprenta una obra completa, y esto viene en justificacion de su título. Los obstáculos con que ha tenido que luchar fueron grandes é insuperables; sólo su constancia, firme siempre, y las cariñosas frases que le dirigían, deseosos de alentarle en tan grande empresa, distinguidos amigos, á quienes, como deuda de amistad y consideracion, dedicaría la presente obra, sinó fuera tan pobre y menguada para expresar afecto y agradecimiento tan altos, hicieron que, olvidando lo fatigoso del trabajo y la recompensa que habría de recibir de muchos, diese término y remate á estos *apuntes*.

Y... ¿para qué negarlo? El deseo de contribuir al mayor explendor de la literatura pátria, siquiera fuese con pequeño óbolo, contribuyó tambien muy poderosamente á la publicacion de este libro.

Pocos y de mérito excaso son los estudios críticos que versan sobre asunto tan difícil; casi todos, nacidos en estrecha amistad, encierran más ala-

banzas que vituperios y, mejor que estudios sinceros y formales, pueden considerarse como meras demostraciones, si no de vergonzosa *claque*, de liviano y tornadizo ánimo que se complace en aplaudir las obras de compatriotas y amigos. A este apologético género pertenece *Cuba poética*, coleccion de versos que vió la luz pública en la Habana allá por los años de 1861. No quiere el autor de estos *apuntes* ocuparse detenidamente en ella, ni tampoco ha de hacer particular mencion de las *Joyas del parnaso cubano* (1855), ni mucho menos de una lucubracion indigesta, en la que, á vuelta de mil afeites retóricos y mil exajeraciones de una crítica necia y sin sentido, viene á demostrarnos, su autor, el poco estudio que de la literatura americana había hecho.

Con tan escasísimos elementos y con numerosas dificultades que vencer para reunir las rimas de los poetas cubanos que con mas acierto é inspiracion cantaron, sólo una voluntad de hierro, una inteligencia poderosísima podria dar cima y cumplida terminacion á obra de brillante mérito. Ni por sus años, que son pocos por fortuna, ni por sus conocimientos literarios, bien excasos y menguados, podria presentar al que leyere un acabado y correcto estudio acerca de la poesía lírica de esta Isla; trabajo que abrazaría una porcion de cuestiones de interés latente, pero de peligroso desempeño.

Muchos de los poetas cubanos, cobijados bajo una bandera contraria á la de la pátria, se encuentran hoy en suelo extraño, envueltos en la miseria, llorando la ruina y desolacion de su país. No cumple á su propósito, ni se ajusta á las miras particulares del autor de estos *apuntes*, hacer aquí consideraciones más ó ménos filosóficas sobre la

desastrosa guerra que asola los campos de Cuba. Como leal y caballero de todas veras deplora los males de la pátria, con tanto más motivo, por cuanto ha visto la luz en la infortunada perla de las Antillas. Patriota ante todo, sólo quiere el bien de la pátria y, consecuente con éste y encontrándole estrechamente ligado al de España, no quiere ver á Cuba separada de la madre que le dió el sér, legándole á un tiempo mismo su literatura admirable y su historia portentosa, donde tan grandes ejemplos de caballerosidad y de nobleza tiene que imitar. Pudiera, sin embargo, si consideraciones en otra índole más alta no se lo velaran, retratar en estas páginas el estado social y político de la Isla, su ruinosa y deplorable administracion, sus defectuosos aranceles, tan contrarios á sus propios intereses como á los generales de la nacion, y deducir de aquí con inflexible lógica aquellas consecuencias inevitables que pondrian de manifiesto lo que toca hacer al Gobierno de la metrópoli por acallar los ánimos y acudir al remedio de tantas necesidades como aquí se sienten; pero tomando por más trillada senda, deja tan espinosa labor para otros, y ofrece á quien leyere otra más grata y de mejor acomodamiento.

Atendiendo á tan poderosas razones, ha de pasar en silencio algunas obras de los ingenios cubanos. Ageno á la política palpitante y ganoso de hacer bien á su país, sólo trata de presentar en este libro algunas poesías líricas que, nacidas al calor de los trópicos, sirvan de noble y legítimo orgullo á nuestros hermanos de allende, y de estudio, consideracion y respeto á los que aquí se dedican á la carrera de las letras.

¿Tiene la isla de Cuba literatura propia, como se ha pretendido asegurar? Cuestion es esta de resolucion muy fácil. La isla de Cuba, como parte integrante de la nacionalidad española, tiene que seguir precisamente la marcha progresiva de este pueblo.

Pero ampliemos la pregunta.

La América latina, ¿tiene una literatura que le sea peculiar? Sus literatos, ¿son originales?

Lo único que pudiera darle un carácter *súi generis*, sería el asunto. Si nuestros poetas y novelistas se ocuparan en la descripcion de las infinitas bellezas que encierra nuestra naturaleza, el asunto sería americano, y, considerando nuestra literatura bajo este punto de vista, sería original.

Si tratamos de la forma; si ha de ser objeto de nuestras expeculaciones el arte, pueblos nacidos ayer, sin tradiciones propias, encontrándonos en los balbuceos de la vida, tenemos que aprovecharnos de los conocimientos de otros pueblos, que estudiar la civilizacion de otros paises y seguir la vida evolutiva de la humanidad.

Por eso es original Andrés Bello, cuando canta

las maravillas de la zona tórrida; por eso Heredia, contemplando la catarata del Niágara, es original, en cuanto al asunto, pues, como ya hemos dicho, y como de seguida puede notarse, la inspiracion de uno y otro vate se asemeja á la de Rioja y Quintana. Y ya que tratamos esta cuestion pasemos ahora á las derivaciones que de ella surgen.

En Cuba, merced á ese carácter complaciente y fácil de sus hijos, siempre que alguno de éstos ha sobresalido en el estudio de las letras, sin acordarse de notar sus defectos, baten palmas en loor de su talento, sobradamente exàjerado por la amistad y el compañerismo. Y hé aquí por qué vemos elevar la figura de *Plácido* á tan grande altura; pues si bien es cierto que posée éste una imaginacion lozana y gran facilidad y sencillez, quizás excesivas, para versificar, no es ménos verdad tampoco que carece de erudicion y sentido filosófico, y que sus versos, siendo dulces y galanos, rayan en el prosaismo en ocasion frecuente. Nadie mejor que Gabriel de la Concepcion Valdés conocía la propia índole de su carácter poético, en el exactísimo epígrafe que, á la primera edicion de sus rimas, puso:

> "Flores son de un ingenio sin cultura,
> cual las que dan los campos de mi pátria
> ricas de olor, de tintes y hermosura."

Aquí se vé á *Plácido* tal como fué, «como un inculto güajiro de imaginacion más fecunda que otros, de más instinto de forma y delicado gusto.»

¿Y Fornaris, el poeta más popular en Cuba? Si hubiéramos de señalar ahora la analogía y

semejanza que entre sí guardan sus obrás, la imitacion que prontamente se descubre en todas ellas y el apego que manifiesta este autor á nuestro célebre Zorrilla;—demostraríamos hasta la evidencia que, si bien es un poeta recomendable por el colorido local de sus cantos, es tambien flojo, descuidado é incorrecto. Él, como algun otro compatriota suyo, ha tratado de crear una poesía especial, característica al pueblo cubano; y sacando á colacion tiempos pasados, de los cuales conócese muy poco con certeza, trae á la memoria leyendas extravagantes, que ni por su índole, ni por el fin á que propenden, han podido aclimatarse en la perla de las Antillas.

Estos lunares de imitacion que hemos señalado en *Plácido* y For..aris, se hacen extensivos á todos los demás. Milanés, que es indudablemente uno de los poetas más floridos, alambica el pensamiento, decae en la diccion é incurre en prosaismos imperdonables en el cantor de *La madrugada;* Mendive, más atildado y correcto que ningun otro, carece de fuego y virilidad, menospreciando en ocasiones, por fortuna bien pocas, las reglas de la métrica. Y ya que de esto hablamos, hemos de decir algo sobre el romanticismo, tal como se entiende en nuestra pátria.

No pretendemos defender el clasicismo; somos hijos de nuestra época y no adjuramos de nuestro siglo. «Queremos libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio.... Hé aquí la divisa de nuestra época, hé aquí la nuestra; hé aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos á un libro:—¿nos enseñas algo?—¿nos eres

la expresion del progreso humano?—¿Nos eres útil?—Pues eres bueno.» (1) Somos clásicos á semejanza de Horacio y de Boileau, de Moliere y de Moratin; somos románticos al estilo de Calderon y de Shakspeare, de Byron y de Lope; en fin, lo somos todo,—todo lo que pueda conducir la poesía á la realizacion de su fin, á la expresion artística del pensamiento, á la belleza; y no creemos, ni concedemos tampoco, autoridad en materia literaria á una escuela determinada, porque pensamos que no hay ninguna absolutamente mala ni tampoco absolutamente buena; pero lejos de profesar esta creencia, los hombres de letras, en Cuba, encerrándose en estrecho círculo, salidos de la esclavitud, corren tras el libertinaje, dejando las sujecciones á las reglas de los clásicos, hacen del romanticismo una anarquía, lanzándose en abierta y desaforada lucha contra la lógica y la sindéresis, sin ver que, como advierte un distinguido escritor, por esos medios, sólo puede llegarse al Homunculus de Wagner.

Románticos son los versos de Espronceda y, sin embargo, poco se ha escrito, en nuestra lengua, tan correcto y bello como la introduccion de *El Diablo Mundo*.

---

(1) Larra.—V. Obras de Figaro.

La historia de la poesía lírica en Cuba no se remonta á tiempos muy lejanos; tenemos que buscarla á últimos del siglo pasado, pues si existieron poetas antes, conócese bien poco de ellos (1), y lo conocido es de mérito excaso.

Rubalcaba y Zequeira son los corifeos de esta literatura. Ellos le imprimieron un carácter especial, de sabor clásico puro, elevándola á un rango que hasta entonces no había tenido. Sígueles en tiempo, sobrepujándoles en mérito artístico, José María Heredia, glorioso timbre del suelo que le vió nacer. De génio arrebatado, de inspiracion robusta, canta la tempestad de un modo brillante, y, henchido de entusiasmo, pide, como Espronceda,

> «Un caballo, un caballo y campo abierto
> y déjame frenético correr.»

Despues del cantor del Niágara, se nos presentan Delmonte y Velez, *Plácido* é Iturrondo (Délio) la Avellaneda y Orgaz,—y en época más posterior y ya casi en nuestros dias,—Zambrana, Joaquin

(1) D. Félix Veranés, buen orador sagrado, publicó algunas letrillas al estilo de Cadalso (20, Enero, 1805), bajo el anagrama de *Luis Fanerexe* (Papel Periódico).—El P. Fr. José Rodriguez Veres, primer dramático cubano, que compuso algunos epigramas, dedicándose á este género, en el cual rayó á buena altura en el mananejo del retruécano.

Luáces, Tolon, Luisa Montes de Oca, Palma, Milanés, Mendive y Fornaris, acompañados de Zenea, Guerrero, Sellen y otros que forman el complemento de nuestra literatura.

Hecha esta breve reseña histórica, parecería justo apuntar aquí los caractéres especiales de la poesía lírica en Cúba. Pretender, como dijimos antes, el sello de originalidad con que se distingue la literatura de todos los paises, es imposible. Si examinamos á Zequeira y Ruvalcaba, notaremos de seguida sus aficiones clásicas, reminiscencias acaso de la escuela de los Argensolas. Heredia, por el contrario, imita más bien á los poetas ingleses, haciendo de sus cantos un gemido perenne, que sólo logra olvidar en sus magníficas descripciones. *Plácido* siguió las huellas de Martinez de la Rosa, descubriéndose en los versos posteriores á él la influencia del autor de los *Miserables* y del poeta de *Granada*.

Pero nos equivocamos.

En la isla de Cuba existe una poesía original, una poesía que le es característica y peculiar; brillante en ocasiones, débil y vulgar en otras, suena siempre á nuestro oido como el susurro de las palmas. Nos referimos á las *güarachas* y á los cantos de los güajiros. En ellos se vé claramente la facilidad que tienen los hijos de este suelo para la versificacion. Penas, lágrimas y amoríos, luchas del corazon, todo, todo lo que de noble y santo encierra nuestro sér, es objeto de esos sencillos cantos, ora tristes, ora alegres, soñadores siempre y siempre melancólicos.

Dar á conocer los poetas cubanos más notables;

presentar á grandes rasgos las bellezas y defectos de sus obras, estudiando las vicisitudes por que atravesaron en esta vida para prefijar la índole de sus versos y el fin á que propenden: tales fueron nuestros propósitos y tales los motivos que animaron nuestra pluma.

Si no salimos airosos en nuestra empresa, á otros toca juzgarnos. Obramos con conciencia y, con ella y sin parcialidad ninguna, hemos seguido el curso de estos *apuntes*, valiéndonos, como con repeticion hemos dicho, de los datos, consejos y aclaraciones que tuvieron la bondad de concedernos amigos muy queridos.

Jóvenes somos y, por lo tanto, nuestros juicios críticos deben carecer de la profundidad y del acierto que son menester á esta clase de trabajos; pero... ¿por qué callarlo?... Creemos que nuestra obra, incorrecta y falta de erudicion y sólida base, es más aceptable y completa que cuantas se publicaron en Cuba sobre este mismo asunto.

Podemos decir á este propósito, parodiando una frase de Chateaubriand:

«Las bellezas de esta obra, se componen de los defectos de otras anteriores.»

Habana. — 1874.

MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO. (1)

"....tú, que el primero,
desdichado Zequeira, índico lauro.
á tu frente ceñiste....."

Con propósito firme de ser fieles guardadores de la verdad, tomamos la pluma para trazar á la lijera la biografía de un poeta de gabinete; y á fé que nos duele y sentimos pena de ello, pues á pesar de lo atrasadísimo de la época en que floreció, y de las consideraciones á que esto se presta, cumpliendo religiosamente nuestro intento, hemos de censurar algunas obras de Zequeira, aplaudiendo, empero, su beneficiosa influencia en las letras de Cuba. Casi nos sucede lo mismo tratando de este poeta y de Rubalcava, que á cierto distinguido

(1) Zequeira usaba de la Z en lugar de la S en su apellido, como una parte de los individuos de su familia; pero hoy dia, no sabemos por qué razon, prevalece el de la S en la rama que conserva el título del conde de Lagunillas.—(N. del A.)

literato que deseaba levantar una estátua al erudito Feijóo y quemar sus obras alrededor de ella.

Nació Manuel de Zequeira y Arango en la Habana en 28 de Agosto del año de gracia de 1774, y á muy corta edad ingresó de cadete en el regimiento de infantería de Soria, y pasando por diferentes grados hasta el empleo de coronel, sirvió cuarenta y seis años, desplegando en este tiempo conocimientos poco comunes que le hubieran llevado á ocupar los más elevados puestos de la milicia, si el trastorno de sus facultades mentales no atajara sus pasos en tan gloriosa carrera. Destinado *pro natura* al cultivo de las letras, y aficionado de suyo al ejército y á las armas, demostró una vez más que no es incompatible la pluma del escritor con la espada del guerrero; y así le vemos pasar en 1793 á Santo Domingo, en la expedicion que fué al socorro del cuartel de Cahobas, encontrarse en la accion del rio La-Matrie, y en la lucha desigual y desaforada contienda vencer á sus enemigos, que, en crecido número, huian, abandonando dos piezas de artillería.

Pero no debemos detenernos por más tiempo en la carrera militar de Zequeira, que otro es el fin á que propenden estos apuntes.

De toda voluntad dijimos al comienzo que Zequeira era un poeta de gabinete, hombre estudioso, de libros, no de inspirado y valeroso estro.

Y tanto es así que, por reverencia sólo, hemos de decir algo, muy poco, acerca de sus obras, haciendo otro tanto con las de Rubalcava; pues uno y otro no son más que un débil reflejo de nuestros poetas clásicos, y en sus versos, si bien

hay bellezas, no dejan de abundar, pese á sus admiradores, que ambos los tienen, defectos de muy dificultosa absolucion.

Oigámosle sinó en su canto épico intitulado *Batalla naval de Cortés en la Laguna:*

"Iban delante veinte mil flecheros
de miradas ardientes y sutiles,
detrás llevaban los carcaxes fieros
y delante bordados escampiles:
amarillos y rojos los plumeros
adornaban sus frentes varoniles;
embrazan arcos, y por más decoro
pisan la arena con sandalia de oro."

La pintura que hace del monstruoso fantasma ó máquina sorprendente, aunque nos hace recordar á Camoens, no puede ser más propia y terrible:

"En su mano siniestra relucia
de una sierpe infernal la ardiente escama,
y en la membruda diestra sostenia
la triple flecha con que Marte brama;
dos torrentes sulfureos despedia
en vez de aliento, que el ambiente inflama;
y antes de abrir sus lábios criminales
sonaron las trompetas infernales."

Pero si el personaje imaginativo está presentado con tanta maestría, no así sucede con el héroe de la accion. La descripcion de la batalla es minuciosa, y peca de prolija, aunque no deja de presentar interés y belleza, apareciendo perfectamente todos los personajes, y siendo excelente el retrato de Pedro de Barba, muerto «por el terrible impulso de una flecha»:

"Tendido estaba el ínclito guerrero,
de sangre y de sudor humedecido,
el escudo abollado, y el acero
de la heróica diestra desprendido;
sin donaire marcial sobre el sombrero,
de purpúreo color tambien teñido,
reclinaba el semblante formidable,
que era, aun despues de muerto, respetable."

Y ya que dijimos al comenzar que encontrábamos versos prosáicos y cojos, ripios y otros defectos, vamos á copiar algunos para que por sí se convenza el que leyere:

"Qué númen, dijo, contra mis decrètos."
"Sudó culebras y lloraba furias."
"Chocan las armas de los combatientes."
"Un vómito encendido de Volcano."
"Por otra parte la caballería."
"Para imponer silencio abre la boca."
"Vomitando mil mónstruos y animales." etc.

Tambien cantó Zequeira *La nave de vapor*, *El primer sitio de Zaragoza* y *El Dos de Mayo;* pero nos parece tan inferior en estas composiciones, especialmente en la última, si la comparamos con la elegía de Gallego, que de todo intento no queremos citar nada; no siguiendo igual conducta con el soneto titulado *La ilusion*, soneto que algunos atribuyen á Rubalcava, pero que nosotros, de conformidad con la opinion de literatos de reconocido mérito en Cuba, y comparando el carácter, profundidad y valentía de este soberbio rasgo, con el génio de uno y otro poeta, creemos sinceramente que es obra de Zequeira:

Soñé que la fortuna en lo eminente
del más brillante trono me ofrecia
el imperio del orbe, y que ceñia
con diadema inmortal mi augusta frente.
Soñé que hasta el ocaso desde Oriente
mi formidable nombre discurria:
y que del Septentrion al Mediodía,
mi poder se adoraba humildemente.
De triunfantes despojos revestido,
soñé que de mi carro rubicundo
tiraba César con Pompeyo uncido.
Despertóme el extruendo furibundo;
solté la risa, y dije en mi sentido:
"¡ Así pasan las glorias de este mundo ! "

Tal fué el primer poeta de Cuba.

Hombre instruido, ardiente y arrebatado, parece ser la personificacion de la poesía en ese suelo. Formó parte de la real Sociedad Económica, y amigo cariñoso y leal del no ménos distinguido cubano Tomás Romay, dirigió con él *El Papel Periódico,* trabajando con ardimiento por alcanzar dias mejores para su pátria.

A su muerte, en 1846, se leyeron versos y artículos sobre su tumba. ¡Débil y pobre homenaje alcanzado por el talento y la virtud!

RUBALCABA.

Musa, contempla tu víctima.

Con este nombre comenzó á figurar en Santiago de Cuba, su pueblo natal, un poeta célebre en las faldas del Turquino; un trovador amigo de Zequeira. Como él, siguió tambien la carrera de las armas, rindió fervoroso culto á Apolo y á Marte, y, ora la espada, ora la pluma, compartía sus dias en el manejo de ambas.

¡Epoca de estancamiento y natural atraso atravesaron! Apenas si concebimos cómo con tan pobres elementos pudieron uno y otro elevarse á la altura que lograron, sacando nuestras letras de la postracion en que yacían, y abriendo nuevos y más dilatados horizontes á la juventud, siempre ganosa de gloria y renombre. Por eso, en los versos de Rubalcaba, nótanse defectos imperdonables en un escritor de su fama, aunque muchos necesaria-

mente tenemos que atribuirlos al poco acierto del Sr. Balart, que fué quien coleccionó sus obras, sin cuidarse mas que de presentarle «tal como fué, con todas sus incorrecciones y con todos sus defectos.» ¡Procedimiento bien menguado, en verdad, tratándose de honrar la memoria de un poeta!

Pues qué, ¿no tuvo el Sr. Balart que recojer muchos de los versos de Rubalcaba de manuscritos que no habían sido hechos para ver la luz pública? ¿acaso de borradores que debían permanecer en cartera? ¿tal vez de boca del mismo pueblo? ¿Y son estos los mejores conductos por que pueden llegar á nuestras manos las obras de un poeta? ó bien, por el contrario, estamos en el deber ineludible de recojer esos datos y depurarlos con el escalpelo de la crítica, pensando con acierto que su autor así lo hiciera, ó más bien que esos fragmentos, al pasar de mano en mano y de boca en boca, habían perdido mucho en forma y fondo? Preguntas son estas que, estampadas aquí, nos servirán de resguardo por si alguno imagina que tratamos de rebajar el mérito de Rubalcaba. Piense el lector que cuando censuramos algo, culpa será de la coleccion hecha por el Sr. Balart.

Mas á pesar de la falta de pericia con que procedió este señor; como quiera que Rubalcaba sabía sentir y expresar lo que sentía, no dejamos de encontrar algunos rasgos felices, tal cual atisbo de belleza. Sirvan de ejemplo estos tercetos:

¡Y cuántos del relámpago ayudados,
sólo bosquejan la anchurosa via
para darles sepulcros ignorados!
....
Yo escucho al ruiseñor tal vez en la haya

y al ver el horizonte que refleja
requiebra su polluelo que desmaya;
Y en la tierna impresion que su voz deja
no se puede juzgar si es de contento
el natural idioma de su queja.
....
¡Ya son oscuras noches mis auroras;
volvedme, sí, volvedme, amigas mias,
la posesion de mis antiguas horas!

No es menos bello el soneto á *Nise bordando un ramillete*, que termina así:

Me parece que al verte colocada
cerca del bastidor, dándole vida,
sale Flora á mirarte avergonzada;
Llega, vé tu labor mejor tejida
que la suya de Abril; queda enojada,
y sin más esperar váse corrida.

En el género festivo, en las lijeras anacreónticas tambien nos dejó traza de su númen. Dígalo sinó aquella graciosa letrilla que dice:

Busca, amor,
quien te descifre mejor.

Pero en medio de estos rasgos que dejan adivinar el talento y la imaginacion poética de nuestro autor, á poco andar se tropiezan versos incorrectos en extremo:

¡Oh noche, tu retórica figura
es la del sueño!

Como hemos dicho al principio, Rubalcaba, lo mismo que Zequeira, fomentó el progreso litera-

rio de nuestro país, y sólo por respeto y consideracion á esto mismo colocamos sus nombres al frente de nuestra galería. Es inútil buscar en sus obras el fuego pindárico de Heredia, la sencillez y armónica cadencia del cantor de la Madrugada, la valentía y gallarda expresion de Luáces. Apegados al estudio de nuestros clásicos, luchando con las preocupaciones de la época en que florecieron, nótanse en sus versos reminiscencias de los Argensolas, ayes de desaliento y de amargura que revelan claramente la verdad con que exclamó el poeta de las Meditaciones, refiriéndose á otro no ménos inspirado:

Musa, contempla tu víctima.

JOSÉ MARÍA HEREDIA

I

Non omnis moriar.

Este poeta, el más notable de los nacidos en Cuba, brilló en una época de progreso y de adelanto. En ella se crearon diferentes cátedras, hasta entonces olvidadas; se dió mayor impulso á la imprenta, desarrollándose gran aficion al estudio de las letras. Enseñaba la ciencia de Platon y de Aristóteles, en el Real Seminario de San Cárlos, el P. Varela, uno de los cubanos más ilustres, y dirigía á la juventud José de la Luz Caballero, de quien nos reservamos el placer de decir algo en el apéndice de esta obra, si nuestras ocupaciones no nos permiten dar remate y terminacion cumplida á otra que intitulamos *Filósofos cubanos*, y en la que sobradas cosas hablaremos sobre Varela, las Casas, Romay, Mestre, Zambrana y otros mil, no

echando en saco roto al maestro incansable, al padre de nuestra generacion, al ilustre director del Colegio de San Salvador.

Nació José María Heredia en Santiago de Cuba, en 21 de Diciembre del año de gracia de 1803. Su padre, D. José Francisco, magistrado íntegro y literato distinguido, trató de dar á su hijo una educacion esmerada, dedicándolo al estudio de la jurisprudencia, carrera que concluyó á la temprana edad de diez y ocho años, recibiéndose de abogado en Puerto-Príncipe.

Desde niño, cuando apenas contaba dos lustros, sintió necesidad de fantasear y escribió unos ensayos poéticos, en los cuales advierte Cánovas del Castillo «el poder de su entendimiento, maravillosamente formado para edad tan temprana, inclinado al filosofismo tanto como á la poesía.» (1).

No hemos de seguir á nuestro jóven poeta en todas las visicitudes de su vida. Rindiendo culto á la independencia cubana, conspiró con ardimiento y, comprometido en sus delirios políticos, se vió precisado á emigrar en 1823. Fuese á los Estados-Unidos y allí compuso sus mejores versos; pero la facilidad del idioma y lo benigno del clima le llamaron, *malgré lui*, á Méjico, donde se casó, siendo nombrado Magistrado del Tribunal Supremo de Justicia y Senador de aquella República. (1827).

La primera edicion de sus obras apareció en Toluca en 1825; la segunda, que dedicó á su esposa, se publicó en Méjico; y mucho más tarde,

(1) *Revista Española de Ambos Mundos.*—Madrid.—1854.—Estudios sobre la literatura hispano-americana.—José María Heredia. —Por Antonio Cánovas del Castillo.

en Barcelona, vió la luz la tercera. Posteriormente, en una de las bibliotecas populares de New-York, hemos podido examinar una cuarta edicion impresa en esta capital. Creemos sinceramente que es la mejor.

Fué la vida del cantor del Niágara agitadísima en extremo. El mismo lo reconoce así, cuando dice en uno de sus prólogos: «á los veinticinco años fuí maestro de lenguas, historiador, Magistrado, viajero, conspirador ardiente y poeta.»

Falleció Heredia en Toluca en 7 de Mayo de 1839. En su sepulcro se lee la siguiente inscripcion debida, si mal no recordamos, al Sr. Lapunza:

"Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo;
pero le hacen la ciencia, la poesia,
y la pura virtud que en su alma ardía
inmortal en la tierra y en el cielo."

II

«Un soplo de libertad, dice Mr. Villemain (1), recorre esas regiones libres de los cuidados de la teoría, de la ambicion y de la guerra civil. Allí es donde se engrandece un poeta nacido en Cuba, á principios del siglo, hijo de un jurisconsulto partidario de las ideas modernas. El niño que debía ilustrar el nombre de Heredia, era enfermizo y endeble; pero el vigor y la energía de su espíritu

(1) Essais sur le genie de Pindare et sur la poesie lyrique dans ses rapports avec l' elevation morale et religieuse des peubles, par Mr. Villemain, membre de l' Institut.—Paris.—1859.

vencen los obstáculos de su cuerpo. Estudiando las lenguas griega y latina, y los filósofos franceses, Homero y Raynal, bien pronto se siente poeta. Conducido á Caracas, donde su padre fué nombrado presidente de la Audiencia Real, respirando el aire de la primera república proclamada en Venezuela, no sueña mas que volar al combate y empuñar la trompa de Tirteo. Con esta esperanza vuelve á Cuba en 1824, y trata inútilmente de conjurar á sus compatriotas; y perseguido por el Gobierno español, se vé precisado á marchar á la América del Norte, donde encuentra triunfante toda la libertad que había soñado. Hasta aquí Heredia no había hablado en sus cantos mas que de los sufrimientos morales de su vida sin gloria y sin amor.» Visita la catarata del Niágara y entonces muestra todo el poder de su génio y exclama:

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiracion. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.
Torrente prodigioso, calma, acalla,
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Déjame contemplar tu faz serena
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al estallar el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo

Palpitando gocé: vi el Oceano
Azotado por austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vértice hirviendo abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé; mas su fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresion de tu grandeza.
 Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mia
En vagos pensamientos se confunde,
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo; mil olas
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
 ¡Ved! llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua; vaporosa nube
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que la cercan
Al solitario cazador espanta. (3)

(3) Para que vea el que leyere, con qué verdad hablamos mal de *Cuba poética*, vamos á trascribir aquí esta ultima estrofa, segun la presentan Fornáris y Luáces:

¿Más qué en ti busca mi anhelante vista
Con inútil afan? ¿Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente pátria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?
Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicadas rosas,
Muelle placer inspiran y ócio blando
En frívolo jardin; á ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte,
Viene, te vé, se asombra
Y al mezquino deleite menosprecia (1)
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
¡Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos encender la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista

"Rómpese el *agua*, y *salta*, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el *abismo* en *remolinos*, sube,
Gira en torno y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta, etc."

Preciso se hace estar muy dejado de la mano de Dios para copiar tal exabrupto poético y colgárselo á un vate á quien se trata de honrar.

(1) *Menosprecia los frívolos placeres*—dice la edicion de Toluca, lo cual es un prosaismo imperdonable.

En grave indignacion. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad; ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena
Y de terror y admiracion me llena!
¿Dó tu orígen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad!... Del hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes dias,
Y despierta al dolor... ¡Ay! agostada
Yace mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruge mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este dia
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor... ¿Podria
En edad borrascosa
Sin amar ser feliz? ¡Oh! si una hermosa

Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiracion acompañase!
¡Cómo gozára viéndola cubrirse
De leve palidez y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla en mis amantes brazos!...
Delirios de virtud! Ay! desterrado
Sin pátria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!
¡Niágara poderoso!
Adios! adios! dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia!
Y al sepultarse Febo en Occidente
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente!

Cierto es que en esta poesía no hay, como dice Villamain, la belleza severa del gran lírico de la antigüedad. En presencia del Etna y en la descripcion de los fenómenos del mar de Sicilia, Píndaro, no se acuerda de sí, no mezcla á los terrores de la naturaleza, su personalidad ni se queja de su vida sin amor y sin gloria. Heredia, por el contrario, vé la catarata, se asombra, la mide con las fuerzas de su espíritu, y, creyéndose digno de ella, canta su belleza, describe su grandor, encuentra semejanza entre el torrente que se desborda y los siglos que se atropellan; lamenta su juventud y se acuerda de su pátria; llora su triste abandono y piensa

en Dios, fuente de todo lo bello. ¿Qué más puede pedírsele á un poeta? Nosotros hallamos en esta composicion de Heredia una discreta distribucion de partes y una lógica de sentimientos que nos encanta. La naturaleza, su juventud, la pátria, la inmoralidad y Dios. Hé aquí su pensamiento.

No es esta poesía la única excelente que escribió el desventurado bardo. Otras cuenta de reconocido mérito, y hemos de tomar al acaso algunos fragmentos de ellas, seguros de lo mucho que habrá de agradecérnoslo el que leyere. Comencemos por *la tempestad:*

Huracan, huracan, venir te siento
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiamado
Del Señor de los aires el aliento...
Al toro no mirais? El suelo escarban
De insoportable ardor sus pies heridos;
La armada frente al cielo levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos!...
Los pajarillos callan y se esconden
Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos bosques retumbando
Le oyen los bosques y á su voz responden.
Llega ya, ¿no le veis? Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso...
Gigante de los aires te saludo!...
En fiera confusion el viento agita
Las orlas de su parda vestidura...
Ved!... en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte!
¡Oscuridad universal! Su soplo
Levanta en torbellino

El polvo de los campos agitado;
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra el delincuente suelo
Y su lívida luz innunda el cielo...
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiracion henchido
Al mundo vil y miserable olvido
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Do está el alma cobarde
que teme tu rigor?..........
....

Heredia es, ante todo, un poeta descriptivo, como se desprende de cuanto llevamos copiado; pero en su lira tiene tambien otros sonidos, y matiza sus cantos con pensamientos filosóficos de primer órden. Ejemplo son de esto los *fragmentos de un poema mejicano*, y el poema *Placeres de la melancolía*. Pero ya los oiremos más tarde; veamos este apóstrofe con que comienza su oda al sol:

Yo te amo, sol; tu sabes cuán gozoso
Cuando en las puertas del Oriente asomas
Siempre te saludé; cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Con gloria alzado en la mitad del cielo,
Del bosque hojoso entre la sombra grata
Me deléito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su suelo,
Y me abandono *à mil cabilaciones*
De dulce y melancólica ternura
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de Occidente.

¡Qué *cabilaciones* tan funestas! pero ¡qué apóstrofe tan bello! exclama Cánovas del Castillo, y á fé que tiene razon.

A los diez y siete años de edad, estando en Choluca, escribió una composicion descriptiva, antes citada ya, que bien puede contarse entre las mejores.

¡ Oh, cuán bella es la tierra que habitaban
Los aztecas valientes!...
........................Sus campos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijas del suelo equinocial se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
....
Era la tarde. La lijera brisa
Sus alas en silencio ya plegaba,
Y entre la yerba y árboles dormia,
Mientras el ancho sol su disco hundia
Detrás de Iztacihual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cénit finaba...
....

Pero, ¿á qué cansarnos citando versos y versos? Si hubiéramos de hablar de todas las bellezas de sus obras, nos veríamos en el caso de ser prolíjos; y no esa suerte anhelan estos pobres esbozos biográficos.

III

Como asegura Mr. Villemain, ese soplo de libertad, ese deseo de independencia que había recorrido las vastas regiones de la América, animaba á

Heredia en sus postrimerías, y exaltando su imaginacion, le dicta una epístola que dirije á *Emilia*, por demás galana en sus versos, y, por desgracia, nacida de político intento. Dice así:

> Pluguiera al cielo, desdichada Cuba,
> Que tu suelo tan sólo produjera
> Hierro y soldados... La codicia ibera
> No tentáramos, nó... ¡pátria adorada!
> De tus bosques el áura embalsamada
> Es al valor, á la virtud funesta.

Peligroso asunto es este que trata nuestro poeta. Empapado en las ideas de la revolucion francesa, con el ejemplo de toda la América española, desea y pide la libertad y la independencia de Cuba, conspira por alcanzarla,

> Que no en vano entre Cuba y España
> Tiende inmenso sus olas el mar,

y viendo la inutilidad de sus esfuerzos se refugia en los Estados-Unidos, donde se conceptúa *libre de tiranos y esclavos, sin escuchar el crugir de los azotes, ni las lamentaciones del oprimido.*

Por esta época, el país que tomaba por modelo, llevaba en su seno escondida la serpiente de la esclavitud, con lo cual dicho queda que había allí tambien señores y esclavos.

Pero, ¿por qué detenernos más tiempo en estas poesías que tocan á la cuestion política? Otro es nuestro plan, y á él debemos ajustarnos.

Hizo algunas traducciones é imitaciones nota-

bles, luchando en ellas su propio talento con las bellezas del original. En el canto á Napoleon de Delavigne, notamos este rasgo, digno de un poeta castellano:

> Vanamente en las lides ya te fuera
> La España generosa
> De gloria y de peligros compañera,
> Esclava la anhelaste...
> Mas no, sus sacerdotes, sus guerreros
> A la lid mütuamente se excitaron
> Superticiosos, fieros,
> Los pueblos al clamor se levantaron...
> Los hijos nobles de Pelayo fuerte.

Debátese por algunos, si es ó no, en efecto, una imitacion del poema de Legouvé *Les merites des femmes*, el que con el mismo título escribió el vate cubano. Para nosotros no hay duda. La obra de Heredia tiene rasgos felices, quizá algunos originales; pero el plan, el método y hasta el mismo asunto son de Legouvé.

Concluyamos.

El poeta de Santiago de Cuba, es el más notable de cuantos pulsaron la lira en la América latina. Superior á Zequeira y Rubalcaba, sus antecesores, se manifiesta grande y sublime cuando describe; apasionado y tierno cuando llora la inconstancia de su amor. Afean sus versos algunas asonancias que pudieran evitarse, prosaismos y figuras harto atrevidas y libres, que en buena lógica no pueden admitirse.

> Salud, ¡oh padre
> Del ser y del amor y de la vida!

dice refiriéndose al sol, lo cual ni la hipérbole justifica. En la silva al Niágara, que es el esfuerzo de su génio, conserva algunos de estos descuidos, imperdonables, en el

Astro eclipsado en su primer mañana,

como poéticamente le llama su compatriota *Tula.*

Bello, en su *Repertorio americano*, juzga que los cantos de nuestro bardo, se asemejan algo á los de Byron, por el tinte melancólico y sombrío que los domina, y el enérgico y varonil vigor que revelan. No lo negamos; pero habrá de convenir el que leyere, que la entonacion, el *savoir faire*, como dicen los franceses, es enteramente castellano y se refleja en las odas de Rioja y de Quintana.

Este poeta escribió tambien unas lecciones de historia, de muy excaso mérito, y tradujo el *Fanatismo*, de Voltaire; el *Sila*, de Jony; el *Saul*, de Alfieri, y el *Cayo Graco*, de Chenier.

New-York.—1874.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Musa velat mori.

I

De muy antiguo nos viene, y eso habrá de perdonarnos si en parquedad incurrimos, mirar con cierta prevencion toda obra de mujer, antes de examinar el mérito que encierra. Y decimos esto, no porque abriguemos la opinion, por demás absurda, desacreditada ya, de que toda clase de ilustracion es perniciosa á las mujeres, sinó porque acostumbrados á leer páginas detestablemente escritas y firmadas por nuestras modernas poetisas, temerosos andamos siempre que á nuestras manos llegan sus producciones, como aquel que engañado una vez trata de precaverse y percatarse contra nuevo engaño. Mas no sucede esto y alejamos del

ánimo toda sospecha, deleitándonos en su lectura, si tropezamos con las obras de Carolina Coronado, Fernan Caballero y otras, entre las que encontramos muy gustoso el mencionar aquí á la señora Pardo Bazan, gallega de nacimiento, á lo que sabemos, y castiza por sus cuatro costados, y muy discreta y atinada en el plan y desempeño de sus obras.

En nuestra pátria, á pesar de la aficion á la amena lectura que tiene el bello sexo y la no pequeña inclinacion al estudio de los idiomas extranjeros, vemos, con no poca extrañeza, que muy contadas son las que despuntan por hacer versos, aunque muchas se atrevan á publicarlos con indiscreto alarde. Empero el parnaso cubano cuenta con celebradas poetisas, y servir puede de ejemplo Luisa Perez Montes de Oca, viuda á estas fechas de Ramon Zambrana, médico, catedrático, periodista y literato, todo ello con mejor voluntad que desempeño. Tambien Raquel (Matilde Troncoso) escribe con bastante correccion; pero lo hace, por lo general, en prosa, aunque con el tono altisonante del misticismo que arroba su alma profundamente cristiana. Y si no estuviéramos convencidos de que el cumplimiento de los deberes domésticos y conyugales no está reñido, ni tiene para qué estarlo, con el cultivo y aficion á las bellas letras, nos alejaría de toda duda el estudio que intentamos hacer de la vida y de las obras de Gertrudis Gomez de Avellaneda, á quien concede D. Juan Nicasio Gallego «la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.»

II

«Había cumplido diez y ocho años—dice la Avellaneda en sus memorias—y excepto leer y escribir, y representar tragedias, nada sabía. Todos los desvelos de mi madre por hacerme progresar en la música y el dibujo, no habían podido llevarme más léjos que á tocar de memoria algun wals, á cantar algunas arias de Rossini, con más expresion que arte, y á pintar mal algunas flores. Mi maestro de aritmética me había declarado incapaz de conocer los números; mi profesor de gramática me decía que era imposible hacerme comprender una sola regla; en fin, cuantos se habian encargado de mi educacion parecian convencidos de mi ineptitud para todo; y, sin embargo, yo escribía y hablaba con más correccion de la que es comun en mi país y, no obstante, mi natural desidia para aprender, tenía sed ardiente de saber y leia mucho y pensaba mucho.»

Tales son los rasgos fisonómicos con que ella misma se nos presenta. Ese abandono, el poco apego á los estudios sérios y formales, todo debía desaparecer bien pronto; pues á los veinticinco años de edad, dejándose en Cuba su soñadora pereza é indolencia, establecida en la Córte, respirando en aquella atmósfera de entusiasmo que reinaba entonces, su alma se enciende en viva luz, su mente se inflama y brotan de su pluma poesías llenas de inspiracion y de buen gusto; estudia con afan nuestra lengua, sorprende sus más bellos

encantos en las obras de nuestros poetas y llama hácia sí la admiracion de todos.

Perla del mar! Estrella de Occidente!
Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo
como cubre el dolor mi triste frente.
Voy á partir!... La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo,
las velas iza, y pronta á su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.
Adios, pátria feliz, eden querido!
Do quier que el hado en su furor me lleve
tu dulce nombre halagará mi oido!
Adios!... Ya cruge la turgente vela...
el ancla se alza... el buque, estremecido,
las olas corta y silencioso vuela!

¿No es verdad que esta composicion tiene todo el perfume de nuestros mejores poetas del siglo diez y siete? Pero la Avellaneda había nacido en otra época y llevaba en el fondo de su alma el gérmen de todo pesar, ese no sé qué, mezcla de fastidio y abatimiento que todos sentimos cuando contemplamos la pasmosa rapidez con que pasan las risueñas y alegres horas de la juventud. Ejemplos de esto son *La contemplacion*, *La luna* y *El cementerio;* reconócelo ella así, cuando en otro de sus mejores sonetos exclama:

En vano ansiosa tu amistad procura
adivinar el mal que me atormenta;
en vano, amigo, conmovida intenta
revelarlo mi voz á tu ternura.
Puede esplicarse el ánsia, la locura,
con que el amor sus fuegos alimenta...

en el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte
que torna á su elemento primitivo
ser en este lugar ó en otro hallado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?
....
No mas, no mas lamente
destino tal nuestra ternura ciega
ni la importuna queja al cielo suba...
¡murió!... A la tierra su despojo entrega,
su espiritu al Señor, su gloria á Cuba
¡que el génio, como el sol, llega á su ocaso
dejando un rastro fúlgido á su paso!...

¡Qué rasgos tan sublimes de sentimientos! ¡Qué versos tan hermosísimos! No cabe más dolor, más conformidad cristiana. ¿Y hemos de entretenernos en examinar todas sus obras? Si tratáramos de un poeta desconocido ú olvidado, nos ocuparíamos más en el exámen de sus versos; pero hablando de la Avellaneda, á quien todos admiran y conocen, debe sernos permitido poner fin á estos apuntes, recordando al terminar algunos rasgos biográficos suyos, ya que al comienzo no lo hicimos.

III

Nació Gertrudis Gómez de Avellaneda en 1816 en la ciudad de Puerto-Príncipe, y muy jóven aún empezó á distinguirse por sus buenos versos; pero el génio necesita mayor espacio y la inspiracion robusta y varonil de la hija del Camagüey se

ahogaba en el estrecho círculo de su pueblo natal; y por eso la vemos correr á Europa, establecerse en Madrid, y allí, estudiando con detenimiento las obras de los maestros, trabando amistad con los más distinguidos literatos, recoger señalados triunfos en el Liceo, ser aplaudida en el teatro (1) y coronada de laurel y oro en nombre de doña Isabel de Borbon. «La corona triunfal del Tasso—dice Pastor Diaz—había adornado solamente un ataud, el áureo laurel de nuestra escritora fué su guirnalda nupcial; guirnalda, empero, que estaba fatalmente destinada á colocarse tambien en el mármol

(1) Entre sus obras dramáticas, la que más fama goza, es la titulada *Alfonso Munio.* Cuéntase de ella, que asistiendo á una de sus primeras representaciones cierto académico, tuvo la buena ocurrencia (que tambien los académicos suelen tener buenas ocurrencias) de exclamar, notando la valentía de los versos y lo pujante de la frase: — "¡Es mucho hombre esta mujer!"

No sólo en los Ateneos de la Córte halló tal acogida. A su regreso á Cuba, despues de algunos años, relata el Sr. Balmaseda el recibimiento que se le hizo en el Liceo de la capital. "La Habana ha presenciado, llena de júbilo, una de esas grandes solemnidades que forman época en la historia de los pueblos y que son, sin duda, sus más bellos títulos de gloria. El Liceo, legítimo representante de las letras en Cuba, quiso enaltecerlas otorgando una corona de laurel de oro á la poetisa eminente, señora doña Gertrudis G. de Avellaneda, nacida en nuestro suelo... Delante del Excmo. señor Presidente, en una mesa con tapete de damasco, se veia la rica corona... En una de sus cintas se hallaba esta inscripcion: *El Liceo de la Habana á Gertrudis Gomez de Avellaneda. Año de 1860.* Reinó un instante profundo silencio, y adelantándose el Sr. Betancourt leyó un discurso en que hizo resaltar las eminentes dotes de nuestra renombrada poetisa. En seguida la Sra. de Zambrana nos hizo oir un soneto que había improvisado; D. Francisco Gil Miranda recitó una oda compuesta por Fornaris y otra de Zafra. Lo avanzado de la hora no permitió continuar la lectura de las demás poesías; y poniéndose en pié el Excmo. Sr. Presidente y cuantos en la escena estábamos, tomó S. E. la corona, pasándola á manos de la condesa de Santo-Venia y Sra. de Zambrana, quienes la colocaron en las sienes de la ilustre poetisa, hiriendo el aire al mismo tiempo un himno, letra de Betancourt y musica del profesor García. Al terminar el canto, la Avellaneda, visiblemente conmovida, se adelantó al proscenio y pronunció una preciosa poesía, llena de sentimiento, quedando ahogadas sus ultimas frases por los entusiastas aplausos de la concurrencia.

de un sepulcro. Y así fué. Casada con D. Pedro Sabater, diputado á Córtes y jefe político en aquella época, vió sonreir la muerte en los umbrales de su matrimonio. Pero llegó entonces en auxilio suyo el ángel de la religion, y en su viudez y desconsuelo se encerró por algunos meses en el convento de Nuestra Señora de Loreto, en Burdeos, fortaleciendo su fé con la vida austera del claustro y las meditaciones de la soledad. Y aunque aparece de nuevo en Madrid, nótase de seguida en sus producciones un cierto tinte melancólico, marcándose señaladamente en ellas la exaltacion religiosa que se había apoderado de su espíritu.

Despues, sérios disgustos con motivo de una resolucion tomada por la Academia en hora en que había presentado su candidatura, hicieron que nuestra poetisa, llevada de desdeñosa soberbia, escribiese los artículos intitulados *La mujer* y el drama *Oráculos de Talía*, en los cuales se echa de ver la impresion que este suceso había producido en su alma.

Contrayendo segundas nupcias, á los nueve años de su viudez, con el coronel de artillería D. Domingo Verdugo Massieu, vió deslizarse los tres primeros años de esa union entre placeres y alegrías. Pero nada hay eterno en este mundo. El monstruo de la política había envuelto en sus redes á Verdugo, y á la caida de O'Donnell, fué víctima de un atentado que le puso á los bordes del sepulcro.

Las brillantes muestras de consideracion y de aprecio que recibía de todas partes, no eran punto á disipar la amarga zozobra de su ánimo; y despues de veintitres años de ausencia, con la esperanza de que el cambio de clima favoreciese á su querido

enfermo, atravesó el atlántico, voló á Cuba, y allí recibió mayores muestras, si cabe, de la estima que todos indistintamente le profesaban. Inútil afan y engañoso remedio. Ni la influencia del clima, ni los cuidados de su consorte fueron bastante á detener el curso rápido y fatal de la enfermedad de Verdugo, que le preparaba un desenlace funesto, y acaecida su muerte, vistió la Avellaneda la negra toca de la viudez, pasó á la Península, estableciéndose en Sevilla, donde vivió hasta que en 1873, con general sentimiento de todos los amantes de las letras, dió el último adios á la vida.

De propósito no hemos señalado detenidamente sus obras, que son muchas para hablar de ellas con un tan poco sosiego como escribimos, y muy importantes las más para ser tratadas por nuestra humilde pluma. Celebrada por Villemain, que la llama heredera de la lira de fray Luis de Leon; elogiada por Durieu; aplaudida por Quintana, Gallego y otros varones no menos distinguidos en la república literaria, ¿qué nos resta decir á nosotros en alabanza suya y en provecho de sus obras?...

Concluyamos estos breves apuntamientos y embozos repitiendo con Pastor Diaz:

«Fué uno de los poetas más ilustres de su nacion y de su siglo; fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos. Fué uno de los escritores que más realzaron el lustre y la majestuosa pureza del habla castellana. Fué una mujer muy hermosa; fué hija y hermana ejemplar; fué excelente esposa; fué buena, constante y tierna amiga.»

16 de Enero de 1878.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

(PLACIDO)

I

¿Quién no ha oido nombrar á este desgraciado poeta? Es el más popular de toda la América latina: sus cantos corren por todas partes; los que los ignoran, los adivinan.

Nació en la Habana en 18 de Marzo de 1809. De condicion humilde, tostado color y pelo rizo, sin instruccion ninguna, iluminado por el génio se lanzó al campo de las letras. Su lira, segun la feliz expresion de un crítico, semejante á la estátua de Mnemnon, resonaba al soplo de la brisa. Con más entusiasmo y fé que ningun otro, aspirando á ser poeta clásico, estudió las obras de Martinez de la Rosa, imitándole frecuentemente.

Los redactores de *Cuba Poética*, que todo lo encomian, como si todo fuese digno de aplauso,

aseguran, con una candidez que causa risa y una ignorancia que produce enfado, que los sonetos de *Plácido* pueden ser comparados con los de Lope, Argensola y Quevedo. Es el soneto una de las combinaciones métricas en que se estrellan los mejores poetas. ¿Qué había de suceder á Valdés? En la edicion que tenemos á la vista encontramos treinta y dos, y en Dios y en nuestro ánimo aseguramos que los más nos parecen detestables y los ménos regulares, y nada mas que regulares. Verdad es que presenta algunos con rasgos muy felices, como estos tercetos que tomamos del que titula *La sombra de Mina delante de Bilbao:*

"Añada en mi sepulcro el vate Ibero
Un triunfo más á mi brillante historia,"
Dijo la sombra del audaz guerrero;
Y fijando el laurel de la victoria
En las sienes del ínclito Espartero,
Voló serena al templo de la gloria.

Y tambien no deja de mostrar belleza de arte en los que canta discreteos de amor:

Mira, mi bien, cuán mustia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa
Puse en tu blanca mano perfumada.
....
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza,
¿Sólo en tu corazon habrá firmeza?

Son así mismo excelentes estos seis versos con que termina *El Canario:*

Cubre aquel seno con tus alas de oro

Donde oculto el amor, placer respira;
Abre tu pico de coral, sonoro;
Cuéntala el gozo que su edad me inspira;
Y entrega para siempre á la que adoro
Mi corazon, mis versos y mi lira.

Entre los que cita Fornarís en su *Libro de elogios mútuos*, es el mejor el de la *Muerte de Gesler*, y sin embargo, notamos en él un verso prosáico y antigramatical, que de propósito señalamos:

Tórnanle á *echar* las ondas y los vientos.

Por lo demás, el soneto es bueno y merece aplauso. No así sucede con la *pampirolada* dirigida á D. Martin Arredondo, improvisada y, por más señas, con acróstico y final forzado. En ella no sabemos qué admirar más, si el mal gusto y detestable costumbre literaria del autor, ó la estupidez de quien coleccionó sus obras. Y para que el lector no vaya á creer que hay exageracion en nuestras palabras vamos á copiarlo aquí:

AL SEÑOR DON MARTIN ARREDONDO.

M arcial, feliz, benéfico y human
A pareces sublime y generos
R ápido como el rayo estrepitos
T olerante en juzgar como Trajan
I lustre, fuerte, ardiente, american
N aciste á inmediacion del yaque undos
A migo dulce, militar glorios } o
R asgastes las enseñas del tiran
E n calma sin igual goza adormid
D el lauro inmarcesible qne has ganad
O rgulloso de haberle merecid
N unca el dolor te aqueje y estasiad
D *ijo* querub del cielo descendid
O rne tu frente de arrayan sagrad

Mentira parece que en pleno siglo XIX pueda imprimirse este soneto en las obras de un poeta á quien se trata de honrar!

II

«Plácido—dice Salas y Quiroga—es un hombre de génio... un peinetero de Matanzas, un sér humilde... Al través de la incorreccion de su lenguaje hay chispas que deslumbran, y no conozco poeta americano ninguno, incluso Heredia, que pueda acercársele en génio, en inspiracion, en hidalguía y dignidad.» No podemos estar conformes con esta opinion. Asegurar que Valdés es superior á Heredia, nos parece una blasfemia literaria, ó una galantería de mal gusto, faltando á sabiendas á la verdad. Y ¿cómo podía suceder otra cosa cuando su misma condicion humilde, su nacimiento, engendro y fruto de ilícitos amores de una bailarina española y un mulato, el abandono de su madre, la pobreza en que cayó el autor de sus dias y la general preocupacion que existe en Cuba de mirar en cierto modo con mengua y repugnancia á la gente de color, le alejaban de todo comercio literario, de todo trato y beneficioso estudio, teniendo que trabajar dia y noche para alcanzar un mezquino pasar y no caer en brazos de la miseria?

Diga Salas y Quiroga que Plácido tenía un temple de alma extraordinario: que su lira hallaba suaves matices que reflejar en su imaginacion cándida, apasionada y ardiente: que modulaba dulces canciones que le recordarán siempre; pero déjese por

Dios de comparaciones enojosas que á nada conducen, ni ilustran, ni dan ni quitan más valor al poeta que las inspira ni al interés que las mueve.

Ninguno con más entusiasmo cantó á Cristina y á Isabel, y en el corto espacio de su vida literaria lo hizo *trece veces* nada menos, exclamando despues, en una epístola al Marqués de Casa-Calvo, con no lucido estro:

No con aquella *degradada* lira
De ingratas cuerdas y oropel cubierta
Con que tan sin razon y sin justicia
Aplausos suelo prodigar, *malgrado*
De mi *fiel* corazon en voz *ficticia*,
Celebraré tu mérito elevado.
....
....
No la *adulante humillacion* me inspira
Ni el *sórdido interés:* jamás mi canto,
Se postró del poder ante las aras
Ni su voz imperiosa oyó temblando.

Difícil nos sería escojer aquellas composiciones que libres de defectos estuvieran, y vano fuera nuestro propósito si intentáramos tal cosa. Los versos de este poeta no se distinguen por la correccion, y no en grave apuro nos encontráramos si tratásemos de probar esto mismo. Leed la *Flor de la caña*, esta preciosa letrilla, por demás recomendable, y os convencereis de lo que decimos. Hay en ella gracia, expontaneidad, sentimiento y belleza; pero hay en ella tambien prosáismos, versos defectuosos, ripios y lunares de facil remedio. Veámosla:

Yo vi una veguera,
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus *lindas gracias*,

O quizás bajando
De su esfera sacra,
Prendado de ella
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
La flor de la caña.

—

La ocasion primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida
Con cintas rosadas.
Llevàba una gorra
De brillante paja,
Que tegió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida canaria,
Que el viento mecia
Como flor dé caña.

—

Su acento divino
Sus lábios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Lijera su planta,
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba
Candorosa rie
La flor de la caña.

—

El domingo antes
De Semana Santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta
Y en ella unos versos
Donde la juraba,
Mientras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada
Como con la niebla
La flor de la caña.

—

Halléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida.
Descogió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido
Y al examinarla
He visto que es hecha
Con flores de caña.

—

En ella hay un rizo
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De MANICARAGUA,
Con una sortija
Que ajusta la CAPA,
Y en lugar de TRIPA
Le encontré una carta

Para mí más bella
Que la flor de caña.

—

No hay ficcion en ella
Sinó estas palabras:
—"Yo te quiero tanto
Como tu me amas."
En una reliquia
De rasete blanca
Al cuello conmigo
La traigo colgada,
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
La flor de la caña.

—

Ya no me es posible
Dormir sin besarla,
Y mientras que viva
No pienso dejarla.

Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.

—

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia,
Y si me preguntan
Los que saber ansian
Quién es mi veguera,
Diré que te llamas
Por dulce y honesta
La flor de la caña.

No es ciertamente esta poesía la más popular y aplaudida de todas las que escribió. Su *Adios á la lira* y la *Plegaria á Dios*, son las que de mayor fama gozan; y no sin fundado motivo, pues las circunstancias en que fueron escritas, las angustias y desvelos de Plácido, la próxima terminacion de su vida y el valor intrínseco de estas dos composiciones, bastan á justificar la nombradía de que gozan.

Pero copiémoslas aquí, y así podrá formarse de ellas mejor idea el que leyere:

ADIOS Á MI LIRA.

No entre el polvo de inmunda bartolina
Quede la lira que cantó, inspirada,
De lirios y laureles coronada
La gloria de Isabel y de Cristina,
La que brindó con gracia peregrina
La *siempreviva* al cisne de Granada:
No yazga en polvo, no, quede colgada
Del árbol santo de la Cruz divina.

Omnipotente Sér, Dios poderoso,
Admitidla, Señor, que sí no ha sido
El plectro celestial esclarecido
Con que os ensalza un querubin glorioso,
No es tampoco el laud prostituido
De un criminal perverso y sanguinoso;
Vuestro fué su *destello* luminoso,
Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Señor; no mas canciones
Profanas cantará mi estro fecundo;
¡Ay! que me llevo en la cabeza un mundo,
Un mundo de escarmiento y de ilusiones;
Un mundo muy distinto de este sueño,
De este sueño letárgico y profundo,
Antro quizá de un génio furibundo
Sólo de llantos y amargura dueño.

Un mundo de pura gloria,
De justicia y heroismo,
Que no es dado á los profanos
Presentir mundo divino.

Que los hombres no comprenden,
que los ángeles han visto,
Y aun con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.
¡Acaso entre breves horas,
Cuando divise el empíreo
Postrado ante vuestro trono,
Veré mis sueños cumplidos!
Y entonces vueltos los ojos
A esta mansion de delitos,
Os daré infinitas gracias
Por haber de ella salido.
En tanto quede colgada
La causa de mi suplicio;
Es un ramo sacrosanto
Del que hicisteis vos divino.

¡Adios, mi lira! A Dios encomendada
Queda de hoy más... ¡adios!... yo te bendigo!
Por tí serena el ánima inspirada
Desprecia la crueldad de hado enemigo.
Los hombres te verán hoy consagrada;
Dios y mi último adios quedan contigo,
Que entre Dios y la tumba no se miente.
Adíos! voy á morir!... ¡muero inocente!

PLEGARIA Á DIOS.

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Extended vuestro brazo omnipotente;
Rasgad de la calumnia el velo odíoso,

Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio;
Todo lo puede quien al mar bravío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,
Que en la insondable eternidad perece,
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé á través de mi cuerpo el alma mia,
Cual del aire á la clara trasparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultragen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi existencia!...
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!

Como dijimos en la introduccion á estos *Apuntes*, nadie mejor que Gabriel de la Concepcion Valdés conoció la índolo de su carácter poético en el exac-

tísimo epígrafe que á sus obras puso. En él se vé á Plácido rico de imaginacion, con algun instinto de forma y delicado gusto.

En cuanto á su erudicion, tambien lo hemos dicho ya, se reducía á las obras de Martinez de la Rosa, imitándole en sus yerros y no en lo atildado de su frase. Ejemplo es de esto la célebre elegía del autor del *Edipo*, que comienza:

Desde las tristes márgenes del Sena.

y la de Plácido, en la muerte de Fela, que dice así:

Desde los bordes del sepulcro helado.

En suma: este poeta es uno de los más inspirados hijos de Cuba. Incorrecto en la forma, descuidado en el estilo, desleido en la frase; es siempre dulce, apasionado y tierno en el fondo. Los defectos en que incurre, pueden perdonársele en gracia de su pobre condicion. ¡Quién sabe! ¡Si hubiera hallado una mano protectora, quizá fuera hoy la gloria más alta de la poesía lírica americana!

Murió Plácido fusilado el dia 28 de Junio de 1844. (1).

¡Pobre poeta!

La primera edicion de sus versos fué publicada en Matanzas allá por los años de 1878. En París

(1) Sus delírios revolucionarios le comprometieron, su color le vendió y las sospechas de las comisiones militares, formadas por el que más tarde fué Duque de Tetuan y á la sazon capitan general de la Isla, le llevaron á tan triste fin. Los procedimientos de aquel Gobierno no supieron respetar la preciosa vida de Plácido, hallando así la muerte quien, por su talento, por su poderosa imaginacion y brillante estro, debía ilustrar la historia de su pátria.

hízose otra (1856), plagada de yerros tipográficos y en la que no hubo gran acierto literario.

Plácido pasará á la posteridad, no sólo por su genio y su inspiracion, sinó tambien por sus desgracias y su muerte.

Madrid.—1871.

Hé aquí unos fragmentos de una carta que escribió Valdés momentos antes de morir:

"Dejo memorias á Martinez de la Rosa, Gallego y Zorrilla.

"No dejo expresiones á ningun amigo, porque sé que en el mundo no los hay.

"Gabriel."

¡Qué desengaño tan amargo encierran estas palabras!

1873.

RAMON DE PALMA.

Aparecieron sus primeros versos bajo el pseudónimo de Alfonso de Maldonado, y con este nombre publicó sus *Aves de paso*, coleccion de rimas que mereció la más cumplida aceptacion del público habanero; dando en tiempo posterior á la imprenta los cuadernos intitulados *Hojas caidas* y *Melodías poéticas*.

Sin que pretendamos colocar á Palma á la altura de nuestros mejores poetas, no por eso hemos de hacer traicion á su númen, dejando de reconocer la perfeccion del plan de sus composiciones, su florido estilo y la severidad de su frase. Cierto es que deslustra alguna vez que otra estas cualidades, la imitacion que desde luego se descubre en sus obras, imitacion que le daña, pues haciéndonos recordar su modelo le encontramos flojo y sobradamente inferior á él.

Ay! cuánto tiempo inanimado, estéril,
En silencio pasé, sin que mi lábio
Sonase con tu voz.....

dice en una de sus mejores composiciones, parodiando á Heredia, cuando á la vista del Niágara exclama:

Oh! cuanto tiempo
En tinieblas pasó sin que mi frente
Brillase con su luz.....

Este defecto y otros varios que encontramos en sus *Faces sociales* desvirtúan la bondad de sus escritos, haciendo olvidar rasgos de animacion y sentimiento, tan donosamente expresados como este:

Mi dicha es el amor! Tierra de Cuba,
Por los ardientes trópicos ceñida,
Tierra de luz, de palmas y de vida;
Mi dicha es el amor!
De tu expléndido sol, de tus estrellas,
De tus brisas del mar y de tus flores,
Se desprende el raudal de tus amores.
Que bebe el corazon.

Si bien es verdad que en la misma composicion de donde tomamos estos versos hay conceptos triviales y pobres en demasía, como pudiéramos probar citando:

¡Ventura loca!
Y estreché su mano bella
Y su cintura gentil.

Pero, ¿han de bastar estos yerros y descuidos para condenar á un poeta como Palma? No juzga-

ría con razon el que leyere, si tal fallo profiriera, sin ver en sus *Devaneos de amor*:

Un silfo fué, quien del Oriente trajo
La rosa purpurina
Con que perfuma su gentil tocado,
Quien á su aérea planta
Calzó el coturno de luciente seda.

Y sin oirlo en *El suspiro*:

Idioma breve del alma
Cuanto dices, ¡oh, suspiro!
Ninguna lengua en su giro
Puede seguir tu expresion.
. . . .
¡Cuán feliz correspondida
Es la cándida doncella,
Que arde en la pura centella
De una lícita pasion.
Semejante al airecillo
Que retoza en los vergeles
De su boca en los claveles
Vaga el suspiro de amor!
. . . .
¡Cuán amargo es el suspiro
De un mortal desengañado!.....
Sale á pausas, arrancado
Del fondo del corazon.....
. . . .

¿Qué más? Antes de juzgar á Palma se hace preciso estudiar la época en que brilló (1830 á 1840), el movimiento literario que entonces reinaba, los conocimientos que poseía, los estudios que

había hecho, todo, todo lo que puede contribuir á formar un poeta.

Se nos dirá que sus versos carecen de fuego, que su estilo no es propio; pero ¡qué importa!... ¿no tiene correccion y elegancia en la frase?... ¿no tiene sentimiento en la expresion y arte en la limpieza de sus obras?... Volvemos á decirlo: Palma no puede colocarse al lado de Heredía, de Milanés y de la Avellaneda; pero tiene suficientes títulos para ser apreciado, y en sus obras puede estudiarse la revolucion literaria que se realizaba en nuestro país.

Gijon.—1869.

JOSÉ JACINTO MILANÉS.

Nada más difícil para un crítico que tratar de obras de reconocido mérito por todos; pues si no ha de seguir la corriente general, y procura poner la verdad en su punto, necesita colocarse en frente de todos y luchar á brazo partido con la pública opinion, no consiguiendo el logro de sus deseos, y sufriendo en pago la mal-querencia de muchos.

Ocúrresenos esta pequeña observacion al ocuparnos de Milanés, no porque vayamos á rebajar su mérito, que en mucho le tenemos, sinó porque al examinar sus obras obligados estamos á condenar, si á la razon nos ajustamos, aquellas que precisamente forman el mayor deleite de sus compatriotas, mereciendo de ellos la más cumplida alabanza.

Ya, al hablar de Zenea, dijimos algo sobre esto mismo, y sentimos pesar de haberlo dicho, y mucho mayor de repetirlo aquí, porque hásenos acusado de ello.

No fué propósito nuestro combatir el *género social* á que dedicó Milanés algunas composiciones, aunque, á ser francos, confesaremos que no es de nuestro agrado. Lo que hicimos entonces, ó pretendimos hacer, fué probar que el poeta de Matanzas era muy inferior á sí mismo, digámoslo así, cuando siguiendo á Zorrilla y sus bastardos imitadores se extravía en un falso romanticismo, que es la negacion del arte. Y tan cierto es esto, y tan hondas huellas nótanse de seguida en las obras de sus últimos tiempos, que si tuviéramos que separar las unas de las otras, no cobraríamos miedo de equivocarnos.

Pero digamos algo de la vida de este poeta, y procedamos con método.

Nació José Jacinto Milanés en Matanzas el año de 1814, y aún cuando su aficion no era poca al estudio de las letras, no empezó á darse á conocer hasta despues de haber cumplido veintitres años. Entonces lo hizo en el *Aguinaldo Habanero* que, como hemos dicho en otro esbozo biográfico, dirigían Palma y Echevarría; y en breve tiempo fué tan conocido de todos, que en las más pequeñas poblaciones de Cuba era ya considerado como uno de nuestros mejores poetas. La desgracia, que parece cebarse en los hijos más esclarecidos de aquel suelo, no echó en olvido á Milanés, y en 1843, abrumado por graves y complicadas afecciones, sin que fueran bastantes los recursos de la ciencia y los constantes cuidados de la familia, enmudeció para siempre, preso de una enajenacion mental, que lo llevó al sepulcro, tras largos padecimientos y dolores, en 1863.

Tal fué la vida de este desgraciado poeta, que

en frecuente ocasion exclamaba, como Rabistonne:

> Mon cœur bat dans la solitudè,
> Le fil est loug, la tache est rude.
> Belle étoile, ah!. je voudrais bieu
> Un cœur, un cœur auprès du mien!

Y le atormentaba lo infinito, como á Alfred de Musset, y, sin embargo, podia hacer suyos estos versos de Lafenestre:

> Une promesse parle au fond de la souffrance,
> L' infini te tourmente et l' infini t' attend!

Hablemos de sus obras, y ya que no conocemos más que la edicion que hizo su hermano D. Federico, ajustemos á ella nuestra crítica.

Milanés, que es uno de los poetas más populares en Cuba, fué el primero que, desviándose del ejemplo prestado por los anteriores, trató de dar á sus cantos un colorido propio, retratando de tal modo los cuadros de la naturaleza tropical, que, si concediéramos á Cuba una literatura original y característica, enteramente diferente de la castellana, citaríamos algunas piezas de este autor y otras tantas de Tolon, desechando á los demás, por no tener ese sello *sui generis*, que es el exequatur de toda originalidad.

Su sencillez y dulzura, y sobre todo la melancólica y soñadora tristeza de que se hallan impregnados sus versos, contribuyeron, más que el estro innegable de este poeta, á dar á su nombre la fama y nombradía de que goza.

¿Quién que se pique de literato no ha oido reci-

tar su cancion *á la fuga de la tórtola?* ¿Quién habrá que, amando lo bello, no se halla entusiasmado leyendo *La madrugada*?

Ninguno. Es imposible! Hay tal sencillez, tal encanto, tanta poesía en esas composiciones, que preciso se hace ser completamente refractario al buen gusto, para dejar de admirar la fuerza creadora del génio. Pero copiémoslas aquí, que seguros estamos de que habrá de agradecérnoslo el que leyere:

LA FUGA DE LA TÓRTOLA

Tórtola mia! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro despues;
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos piés?

¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el mie lo exhala.
¡De qué te sirve batir el ála,
Si te amenazan con muerte igual,
La astuta liga, la ardiente bala
Y el canto *júbo* del *manigual?*

Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita

Que ansias ser libre, pasion bendita
Que aunque la lloro la apruebo yo.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al río
Y á la alta luna que brilla en él?

Inconsolable, triste y marchita,
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

LA MADRUGADA

Necio y digno de mil quejas
El que ronca sin decoro
Cuando el sol con rayo de oro
Dá en las domésticas rejas.

¿Puede haber cosa más bella
Que de la arrugada cama
Saltar, y en la fresca grama
Del campo estampar la huella?

Campo, digo, porque pierde

La mañana su sonrisa,
En no habiendo agreste brisa:
Mucho azul y mucho verde.

—

No hay que gozarla en ciudad:
En todo horizonte urbano
Se estaciona de antemano
Triste vaporosidad.

—

Luego, ved! tanto edificio
Alto, sério... Angustia dan;
El alba, el sol, allí están
Como sacados de quicio.

—

No: yo he de andar á mis anchas
Una campiña florida;
Por ver del alba querida
La faz vírgen y sin manchas.

—

Verla en Oriente lucir
Diáfana, rosada, bella,
Como una casta doncella
Que enamora al sonreir.

—

Yo no sé como hay cabeza
Tan interesada y fria,
Que no ame, al rayar el dia
La hermosa naturaleza.

—

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar en el rio,

Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse.

—

Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto,
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil.

—

Oh Dios!... Allá en mis niñeces,
Antes de brotarme el bozo,
Con qué sencillo alborozo
Vine á ver esto mil veces!

—

Ya una errante mariposa
Con su matiz me atraía,
Ya olvidado me ponía
A contemplar una rosa.

—

Siempre alegre. Ya se vé!
Nunca entonces cavilaba,
Ni mis cejas arrugaba
Algun triste no sé qué.

—

Despues como entré en más años
Y como vi una hermosura,
Tuve por triste locura
Ver sol, montes y rebaños.

—

¡Qué ingrato fuí! Pero bien
Se vengó naturaleza;
Aquella ingrata belleza

Olvidóme con desdén.

—

Vertí un mar de llanto: el alma
No se me hallaba sin ella;
Al fin una amiga estrella
Dolióse y me puso en calma.

—

¡Oh, qué dolor tan agudo
Es olvidar!... Pero al cabo,
Rotos los grillos de esclavo
Curóme el médico mudo:

—

El tiempo, el tiempo veloz
Que tiñe nuestras cabezas
De blanco, y tantas bellezas
Deja sin luz y sin voz.

—

De entonces acá me place
Ver la escena matutina
Segunda vez: — medicina
Celestial que me rehace.

—

Con todo, mis cicatrices
Se ensangrientan y suspiro.
A donde quiera que miro
Dos amadores felices.

—

Y aún con menos ocasion
Si oigo el susurro alterno
De dos palmas, en lo interno
Se me angustia el corazon.

—

Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas:

—

Si dos nubes enlazarse
Y por el éter perderse,
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse:

—

Me paro y con ansiedad
Recuerdo que á nadie adoro:
Miro tanto enlace y lloro
Mi contínua soledad!

Costumbre general es entre los que para el público escriben, amontonar páginas sobre páginas, á fin de presentar voluminosos tomos, sin detenerse á pensar que quien mucho escribe se halla más propenso á equivocarse, y que la cantidad no añade belleza, antes bien la quita y da fatiga y cansancio. Heredia no hubiera sido menos grande si sólo hubiera escrito sus composiciones al *Niágara* y al *Sol;* y Gilbert, Andrés Chenier y otros muchos no necesitaron fatigar las imprentas para gozar de una reputacion envidiable.

A esa costumbre pagó escote Milanés, y así vemos en el tomo de sus obras trabajos que, por lo incompletos y defectuosos, debieron permanecer en olvido; y no se nos diga que en todos ellos hay *algo* recomendable, porque si bien es cierto, no es

menos verdad que contienen pensamientos vulgares en demasía y versos malísimos. Otros hay que, sin reunir los defectos de forma, no son muy superiores por el fin á que propenden y la pintura por demás enérgica que encierran:

Cuando hay luna en el cielo y no hay estrella
Y en lenguaje nocturno hablan las olas,
Platicará con la casada á solas;
Pálida reirá la vil casada
Y bajo de la adúltera almohada
Ocultará cargadas las pistolas.
. . . .
Que huye del sol y *anda oculto.*
. . . .
Como se muerde el puño y *sin resuello.*
. . . .
En vez de que la ley *ponga un atajo.*
. . . .
Pues por huir de que el pueblo airado *ladre.*
. . . .
Un ayo
Ingerto risible de docto y lacayo
Que *vierte latines y enseña à servir.*

Pero despojado de estos defectos, eliminadas algunas composiciones y separadas otras, puede formarse un pequeño ramillete que hará recordar por siempre á este infortunado poeta. Con el desbarajuste de una edicion chapucera, se nos presenta Milanés muy desigual, y culpa tendrá de ello el colector de sus obras, que, falto de tino y no con muy buen criterio, publicó cuantos versos hubo á mano, sin consultar la crítica literaria y los preceptos de buen gusto. Al ocuparnos de Plácido, nos quejamos de esta misma falta, y entonces,

como ahora, deploramos el escaso talento de ciertos editores, que nos ponen en el caso de censurar, contra nuestra voluntad, lo que coleccionado con mayor esmero fuera digno de alabanza y aplauso.

Y es esto tanta verdad, que hasta los compiladores de *Cuba Poética* vacilan un momento al escojer las poesías de este bardo, como temerosos de estrellarse con la opinion pública, lo cual viene á ser un argumento *de fuerza* para nosotros, pues en el transcurso de estas biografías hemos podido apreciar lo reparados que son en sus escojimientos tan donosos críticos.

Pero no presuma nadie que tratamos de menospreciar á Milanés. Lejos de eso queremos consignar de un modo concreto, al terminar estos apuntes que de lijero escribimos, que sin vacilacion reconocemos en el poeta de Matanzas méritos bastantes para colocarlo en los primeros puestos de nuestra galería. No tiene el fuego pindárico de Heredia, ni la entonacion robusta y varonil del malogrado Luáces; pero hay tal sencillez, tal armonía, tan delicado encanto en sus versos, que fuera de esos dos gigantes de nuestra literatura ha de compartir con Plácido los aplausos que arranca el génio y la admiracion que tributa un pueblo á sus hijos más preclaros.

Habana.—1876.

JOSÉ LUIS ALFONSO.

> ¡ Buenas caricaturas vamos viendo !
> Excelentes contornos viendo vamos !
> Andando vamos , vamos anduviendo !
>
> VILLERGAS.

Cantos de un peregrino intitula este hijo de Cuba una coleccion de sus obras publicada en París en 1863, y bien pudiéramos asegurar que tienen mucho de peregrino los tales versos. Él mismo así lo reconoce, presentándose en el prólogo como *simple aficionado,* y á fé que no miente, pues, sinó tiene nada de esto último, anda bien sobrado de lo primero, y váyase lo uno por lo otro.

Dice tambien, quizá para atenuar los yerros, que sólo en horas de ócio y de holganza ha dedicado las fuerzas de su intelecto al estudio de las letras; y esto casi nos avisa en favor suyo, porque, en medio de todo, peor sería que se dedicara á *mau-*

vais affaires; pero hétenos aquí que, cuando más decididos estábamos á callar, saltó la liebre, es decir, la liebre precisamente no, porque no había ninguna, sinó que, D. José Luis, con una bondad irreprochable, aún cuando con sediciosa intencion y aviesa mira, nos ofrece otro segundo tomo: y, como eso de darnos un segundo tomo es la mayor de las calamidades que pueden sufrir las letras cubanas, y nosotros somos fieles amantes de ellas, —¡qué demonio!—lo que es eso no se lo podemos perdonar.

Pero vamos á cuentas.

Divídese la obra en tres partes, concluyendo con una traduccion de los *Cantos de Selma.* Respecto á este poema, lo mismo que á la noticia que acerca del bardo escocés nos suministra Alfonso, hemos de apuntar algo á la postre de este artículo; pues ahora queremos examinar, aunque lijeramente, porque no podemos detenernos en obras de tan escaso valor, los tres primeros libros que, ó mucho nos engañamos, ó no nos han de dar momento de reposo en su condenacion y crítica.

Difícil nos sería clasificar las obras de este autor, y para ello no tenemos la paciencia y el buen humor que necesarios se hacen para cosa tan baladí: pero si no hemos de hacer una clasificacion detenida y un análisis profundo de los versos de Alfonso, no por eso dejaremos de consignar aquí nuestro juicio crítico, en la seguridad de interpretar en él el de todos los cubanos que hayan leido los *Cantos de un peregrino.*

Si entendemos por poesía la manifestacion de lo bello y la expresion artística del pensamiento por medio de la palabra, mal atinado anduvo este

autor bautizando su libro de tal, pues en él no encontramos, y nos pesa en el alma, ni artística expresion ni belleza alguna. Y no se diga que ya que no un poeta excelente, es, José Luis Alfonso, un versificador armonioso, que ni esto le concedemos, y sólo haciéndole mucho favor colocamos su nombre al lado de los de Briñas, Betancourt y Cháves.

Abramos el libro, y oidle en unos sáficos á Nísida:

Haz que yo sienta sobre el pecho *mio*
la carga amada de tu hermosa frente,
y que el aroma de tus negros *rizos*
ávido aspire.

....

Así felices en eterno *abrazo*
nos juraremos un amor eterno,
y si funesto nos separa el *hado*
venga la muerte.

....

Si de mi amada conocer *deseas*,
Lector amigo, la sin par *belleza*...

....

Oval el rostro, placentero tiene,
Cual la sonrisa de la madre Vénus.

Mas no contento con estos desatinos, comete otros no menos notables, y á poco que anduviéramos, y si nos fijáramos en *La noche de luna*, encontraríamos estos versos, en los que no sabemos qué admirar más, si el chaparron de asonantes ó lo mezquino y pobre del pensamiento:

Bello es el mundo y la vida,
Bello el *cielo* y sus lumbreras,

Bellas las verdes *praderas*
Como las flores de Abril;
Bello es el mar, y la calma
De sus ondas azuladas,
Do se miran retratadas
De la noche estrellas mil.

Todo esto será muy bello y más aún si así lo quiere el Sr. Alfonso; pero es poco castizo, y suponemos, pensando llanamente, que al decir «estrellas de la noche» lo hizo con la buena intencion de no confundirlas con las que nos hace ver un indiscreto pisoton sobre un callo recibido. Por otra parte, que las estrellas no son de la noche ni del dia ya lo sabemos todos, y por lo tanto parécenos sobrada impropiedad atribuírselas á aquélla, cuando éste pudiera presentar tambien sus títulos de dominio.

Y hora es ya de que nos ocupemos del poema de Ossian.

Cuestiónase de mucho tiempo há sobre la existencia de este bardo, á quien se ha tratado de colocar al lado de Homero, asegurando que sus cantos pueden competir con la Iliada y la Odísea; y tan revueltos andan los pareceres y tan confundidas las opiniones, que, más de cuatro, padeciendo extravío, afirman la autenticidad de sus poemas, sin que hasta la fecha, que sepamos, tengan razon alguna en que fundarlo. Es de los que sostienen esto el autor de que nos ocupamos, y tal maña se dá y de tal modo enmaraña y tergiversa la verdad histórica, que, pese á su saber, no entendemos una jota de lo que sobre este punto dice. Nosotros, lejos de pensar en la verdadera existencia del hijo

de Fingal, creemos que los poemas que con su nombre se conocen fueron escritos por Jacobo Macpherson, mediano ingenio que brilló allá por los años de 1760. La popularidad que adquirieron estos cantos, tiene su fundamento y aplicacion en la humillacion política que sufría Escocia, y no en el mérito literario intrínseco suyo, pues que á vuelta de mil imágenes exajeradas y faltas de verdad, toman un color vago, fantástico y sentimental que, agradando al pronto, concluye por producir mareos.

¿Qué diremos de la traduccion de José Luis Alfonso? ¿Se encontraba en condiciones para emprender este trabajo? ¿Basta saber un idioma para traducir bien una obra? El autor de los *Cantos de un peregrino* era el menos á propósito para dar cumplido remate á empresa tan árdua, y así le vemos trasladar desatinadamente á una lengua, que no es por cierto la que hablaron Cervantes y Calderon, aquellas descripciones fantásticas, donde oimos silvar el viento entre los abetos y vemos cabalgar las sombras en las nubes.

Toda traduccion en verso suele ser incorrecta y defectuosa, y, sobre todo, poco fidedigna. Sucede que tratando de vencer los obstáculos rítmicos, se olvida el pensamiento y pierde éste toda brillantez y ternura con que fué expresado. Sucede tambien que muchas veces, y particularmente al traducir del inglés al castellano, que las diferentes combinaciones del lenguaje no se amoldan, por lo general, á una forma que, por muy sencilla que sea, siempre es más fatigosa y difícil que la prosa.

¿Qué habría de pasar con los *Cantos del Selma*? ¿Qué...—preferimos callar, y callamos.—¡Ojalá

que nuestro silencio pudiera hacer olvidar las obras de José Luis Alfonso.

1871.

JOAQUIN LORENZO LUÁCES.

CARTA Á UN AMIGO DE CONFIANZA.

Amigo mio: Pregúntame Vd. con bondadosa curiosidad en su estimada carta, que, como todas las suyas llenóme de placer, por mis pobres escritos, y me anima, generoso y benévolo conmigo, más de lo que merezco, á terminar y dar á la estampa mi trabajo acerca de la poesía lírica cubana. Muchas veces he dudado, y suspenso repasaba mis mal pergeñados manuscritos, viendo en ellos la gran deficencia que manifiestan y revelan, y al reparar en lo pobre y malo de su estructura literaria, pensaba al pronto cambiar la forma y plan de mi trabajo, y escojer simplemente algunas piezas de cada autor, precederlas de muy someras notas biográficas con relacion sucinta de sus escritos, y dar de ese modo, á la imprenta, un repertorio de versos cubanos.

Tarea fácil y por demás sencilla sería ésta para mí, aunque tropezase con algunas dificultades, que se explican desde luego recordando que nó otra cosa hicieron Luáces y Fornáris en su *Cuba Poética*, con más reposo y vagar que yo, y conociendo y tratando personal é íntimamente á casi todos nuestros poetas; por más que en este libro, que Vd. conoce perfectamente, en resolucion no brillan ni la imparcialidad ni el buen gusto de los compiladores. Pero, ¡qué quiere Vd., mi amigo! eso de no meter baza, como vulgarmente se dice, hiere mi amor propio hasta el extremo de hacerme desechar tal propósito y me obliga á continuar la primitiva senda, dedicando un artículo á cada poeta y diciendo en él, como Dios me dé á entender lisa y llanamente, no sólo mi opinion, enteca y flaca en demasía, sinó la agena, si autorizada y digna se presenta. Tal sistema, harto más escabroso y difícil, entraña por otra parte mil tropiezos que consisten en tener que condensar y concretar el pensamiento de manera que en muy pocas páginas resulte expresado lo que para su mejor y más adecuado desarrollo requeriría todo un libro. Y tanto es esto verdad, cuanto que me encuentro apurado hace dias sin saber cómo y de qué modo he de escribir algo que no sea impertinente sobre el poeta más vigoroso de esta tierra. El cantor de los grandes ideales de la humanidad no coje en el reducido cuadro de un artículo; su figura, cada vez más grande para mí, no se encaja en el estrecho marco que serviría para Briñas ó Fornáris. Y, ¡vea Vd. lo que son las cosas! Joaquin Lorenzo Luáces es un poeta casi desconocido entre nosotros; sus versos, algunos de ellos publicados en un pe-

queño volúmen, cuya edicion no fué numerosa; sus grandes odas al Trabajo y á Varsovia, y á Ciro Field; sus dramas y comedias, que son muchos; sus leyendas cubanas y sus romances, donosos y galanos como los de nuestros mejores hablistas; sus poemas, inéditos algunos; todos los trabajos, en fin, de su fecunda y correcta pluma, no han visto la luz pública coleccionados en forma de libro. Unos cuantos andan repartidos en las buscadas colecciones de nuestros escasos periódicos; otros impresos separadamente en pequeños cuadernos; muchos en poder de su hermano D. Agustin, y todos ellos olvidados por la juventud que conoce á Luáces más por su fama que por sus obras, más por el recuerdo de las prendas personales que le adornaban que por los cantos apasionados y vehementes de su musa.

Fornarís era su amigo, y con él redactó muchos periódicos y revistas; con él compuso y recopiló esa desgraciada *Cuba poética*, de tan péximo y deleznable gusto (1). A la muerte de nuestro poeta, el bardo bayamés le dedicó un artículo más sentido que bien escrito y pensado, recordando su valeroso estro y llamando la atencion pública sobre el pobre Luáces. Villergas, que tambien le conoció cuando comenzaba su carrera literaria y las grandes concepciones de su inteligencia aún no habían robado su forma y vistosos atavíos á su fantasía y lozana imaginacion, aplaude su depurado gusto en el

(1) Debo declarar aquí, aunque no tengo motivo digno en qué fundarlo y sólo es obra de recelo ó sospecha que me asalta por el conocimiento de las obras de estos dos poetas, que la coleccion intitulada *Cuba Poética* más debe ser trabajo de Fornarís que de Luáces, ó bien que en su empeño cedió el autor del *Aristodemo* á una amistad poco franca y sobradamente exajerada y pueril.

6

manejo habilidoso del idioma en que escribe, y declara que sabe sostener convenientemente en sus obras el vuelo levantado de la verdadera inspiracion. Encuentra muy nutrida de ideas, ataviadas con la majestuosa forma que su asunto requiere, la poesía que intitula *La naturaleza*. Cita el mismo crítico los siguientes versos tomados del *Ultimo amor* y el soneto dedicado al alzamiento del país Lombardo-veneto:

Por él Caton muriendo se engrandece
y triunfa Bruto y su ofensor perece:
y del audaz Hiparco, haciendo vanas,
las duras leyes que menciona el ódio,
con verde mirto cubre
su fiel espada el vengador Hermodio.

A los nombres de pátria y de venganza
despierta rencoroso el italiano,
y alzando airado la robusta mano
altivo blande la nudosa lanza.
Le conduce á la gloria la esperanza:
reta á los siervos del feroz germano,
y retumba en los ámbitos del llano
el himno precursor de la matanza.
El pendon nacional despliega al viento;
combate bravo, asalta las almenas,
huye el austriaco á su mirar sangriento...
Y exhaustas ya las generosas venas,
sólo pueden alzar en monumento
¡Venecia ruinas y Milan cadenas!

Menciona, como dignos de elogio, otros como

La pesca y *Bruto, primer cónsul*, copiando el robusto y animoso coro de su *Canto de guerra:*

> ¡Venganza, griegos: Mitolongi en ruinas
> bajo el alfanje de Ibraim cayó!
> ¡Halle siempre el muslin, cual en sus muros!
> al griego muerto, pero esclavo no!

Para Villergas, Luáces pertenece á la raza de los verdaderos poetas, y señala su presencia en Cuba como uno de los más predilectos hijos en la musa castellana. Es atildado y nímio en su lenguaje sin ahogar en una forma amanerada y violenta el fuego sacro de la inspiracion; no canta sólo la hermosura y el amor; su lira resuena cadenciosa y dulce al expresar el afecto que inspira la mujer amada; del igual modo que encuentra acentos bizarros y dignos arranques cuando describe los adelantos de nuestra portentosa civilizacion y proclama la libertad benéfica de los pueblos.

Ya ve Vd., amigo mio, si tengo tela larga que cortar, y si con tantos elementos como poseo, amen de una biografía detallada y minuciosa que me dió un hermano de Joaquin Lorenzo con varios versos inéditos de éste, que guardo como preciosa reliquia, no podría hacer un acabado estudio de sus obras si con más reposo, vagar y exparcimiento pudiese coordinar mis ideas, darles forma adecuada y digna, y poseyere más talento y analítica atencion. Por eso le decía al empezar esta carta que me veia negro sin saber qué hacer con este poeta, para mí el más notable de Cuba. Señalar los defectos de Briñas, de Fornarís, de Vinajeras y de otros mil es labor fácil y acomodada al gusto público. Es más, la pequeñez de sus obras dispensa

al crítico de un trabajo sério, meditado y extenso; pero eso no sucede así tratándose de hombres como Luáces, que han escrito mucho y muy bien, reservando la posteridad, para sus obras, una influencia patente y manifiesta en la direccion de nuestra juventud estudiosa.

Era nuestro poeta de familia modesta, aunque no pobre, y en ella halló siempre ejemplo digno que seguir, modelo honrado que imitar y condicion y despejo en que amoldar su carácter. De cuerpo enteco y encanijado, gozó de poca salud, y su robusto ánimo y valeroso esfuerzo viéronse mal encerrados en tan pobre y menguada vestimenta. Sensible y afable en su trato; caballeroso y digno, conocía perfectamente nuestra literatura y escribía con correccion y gracia y de carrera, no concediendo á sus escritos importancia alguna: enemigo de darse á luz y de lucir las galas de su ingenio, que él juzgaba, con su delicada modestia, de ningun valor. Gozaba en el triunfo de sus amigos y aplaudía la revolucion literaria de su pais, amándole con amor ciego y exaltado. Cultivó todos los géneros literarios; pero las condiciones peculiares de su espíritu, su esquisita prudencia y benignidad le hicieron sobresalir más en los unos que en los otros. Y no podía suceder de otra manera. ¿Cómo era posible que Luáces compusiese epígramas y letrillas como Góngora y Quevedo? ¿Cómo habian de valer sus críticas y sus artículos de costumbres tanto como los de Fígaro? Bufon lo ha dicho: el estilo es el hombre, y cuando queria poner de manifiesto los vicios de una obra, hallaba la disculpa en ellas y la aplaudia; cuando pensaba zaherir con un epígrama á un émulo suyo, lo hacía con tal

suavidad que resultaba inocente y pueril en sus enfados; era todo amor y entusiasmo, y no podía lucir su ingenio sinó en los grandes vuelos de la poesía pindárica, cuando exclamaba:

¡Ciro, Cambises, Alejandro, César,
pasad en vuestros carros y corceles
que de cien pueblos la cerviz hollaron!
¡Pasad! vuestros estériles laureles
el incendio y la muerte marchitaron!
Pero no los de Field... Ellos florecen
y sin llanto ni sangre reverdecen...
¡Vedlo sinó! Con diestra inmaculada
del sábio ilustre conquistando el sólio
ha subido al moderno Capitolio
laureado y solo, sin pavés ni espada.

Ya he dicho antes que Luáces rendía fervoroso culto á la amistad. Prueba patente de ello es que en sus postrimerías, y cuando la muerte, aparejada de dolores, iba á visitarle, se creyó obligado por el dicho de su amigo Murtre, pulido escritor cubano, y presentó al certámen que abrió el Liceo un trabajo notabilísimo. Es un valeroso esfuerzo de su musa, próxima ya á espirar (1):

¡Oh Cuba! ¡oh pátria!... Si á mi acento rudo
tan grave senda hollaras*!*
*¡*Si á la molicie enervadora alzaras
con el trabajo previsor escudo!

(1) Para que vea Vd. que no me dejo llevar por la pasion quiero consignar aquí que en dicha oda hay versos tan impropios como este:

Doma al caballo, *disciplina* al toro.

¿Pero qué valen este y otros lunares ante la severidad de la forma y la robusta entonacion de este canto?

¡Si enérgica arrojaras
el traje bullidor de los festines!
Si opusiéras con ánimo arrogante,
al perfumado humear de los pebetes
y al himno estéril del placer incauto,
que al íntegro sonroja,
el rugiente vapor que el agua arroja,
el crugir del cilindro que voltea,
y el alto hervor con que la masa roja
del fundido metal bulle y ondea!

Ignoro si llegó á publicar, en coleccion, sus anacreónticas; pero las conozco casi todas y puedo aventurarme á decir á Vd. que no me agradan, por más que en todas ellas se descubren la inspiracion de este peregrino poeta. Fornarís confiesa que lo creyó discípulo de Anaeveau y que le estimulaba á seguir sus huellas. ¡Medrados estaríamos, por mi fé, si llega á tomar por lo sério su consejo! Hoy no tendríamos esas odas que he citado y la que dedicó á Varsovia, que puede muy bien figurar entre las mejores de Quintana. A pesar de todo, en sus anacreónticas hay gracia y sencillez, y á veces cierta lijera travesura que sienta á maravilla en este género de composiciones.

Tambien el teatro tiene que agradecerle á Luáces. No era un poeta dramático en el riguroso sentido de la frase. Sus dramas, por lo comun, son flojos; sus comedias bretonianas, á vuelta de una versificacion fácil, fluida y elegante, descubren pobreza de trama, no despierta el verdadero interés, necesario, gradual y constante que debe presidir este linaje de trabajos. Ejemplo vivo y manifiesto de lo que le digo se encuentra en *El fantasmon de Caravaca*, *Los dos amigos*, *El becerro*

de oro y otras, sin dejar su drama *El Mendigo rojo*, primorosamente versificado y con algunas situaciones de primer órden. Empero puede asegurarse que sus mejores obras son el *Aristodemo* y *Arturo de Osbert*. La primera de estas tragedias no tendrá la sencillez extrema de la Efigema de Eurípides, pero ofrece un plan perfectamente concebido y desarrollado con acierto. Los episodios que inventa contribuyen á realzar al protagonista, y la figura infame de Theon es sublime y sobre todo punto original.

Y basta ya de bachillerías, que á poco más salgo de mi apuro sin darme cuenta de ello. ¿Puede esta carta servir de artículo en mi futura obra? Pienso que sí; y desaliñada y torpe en su expresion, si bien no estudia uno por uno los trabajos del infortunado Luáces, manifiesta bien á las claras y sin artificio la estima grande en que las tengo y el alto concepto que me merece quien, con su talento lozano y vigoroso, supo dar vida al pensamiento, ensalzar á su país y contribuyendo á su mayor progreso, hacerse digno de los loores que le tributa la fama.

Habana.—1876.

F. LOPEZ DE BRIÑAS.

Con este nombre conocíase en Cuba un versificador florido, exaltado y ardiente en sus amores, defectuoso en el plan de sus composiciones, incorrecto en el lenguaje, descuidado y desleido en la frase. Y no se crea que alcanzaron poca boga sus escritos; antes bien el vulgo de que nos habla Lope y el vulgo de nuestros literatos, concedióles sobrada fama, colocándolos á la par de los de Mendive, Roldan y Zambrana, en los *Cuatro laudes*, otorgando á su autor diferentes premios en más de una sociedad literaria.

Nosotros, que no pensamos de igual modo, no hemos de brindar tan alto honor á sus obras. Nuestro propósito de no faltar á la verdad y de mantenernos en los límites que la razon dicta, nos impiden prodigar aplausos á quien no los merece; y á fé que no nos causa pesar tratándose de Briñas: pues sentimos verdadero contentamiento al augurar á sus obras el olvido más completo.

«No son modelo á propósito para los jóvenes—

dice Fornáris — pero sus poesías escojidas serán siempre leidas con gusto;» y cita á renglon seguido el canto *A Martha*, *La estrella y el sol* y otras varias que, á su juicio, merecen consideracion y aprecio.

Veamos hasta qué punto tiene razon el poeta de Bayamo, y citemos algo de las composiciones mencionadas.

Canto á Marta:

« *Oigo* una *voz* en *lo* interior del alma
que me asegura el porvenir que ansío. »
....
« Te haré una choza de cortezas verdes
donde en un lecho dormirás de flores,
donde jamás te faltarán *sabrosas*
mieles y *aromas.* »

La estrella y el sol:

« Me verás alumbrar la superficie
de la region vacía... »

¿Cómo puede tener superficie lo que es ilimitado?

Mas no se piense que son estos los únicos yerros que comete Briñas; en su poema *Colon* se leen otros no menos disparatados:

« Se ha puesto el sol y tiende su ropaje
la oscura noche por *la mar desierta.* »
....
« Y al peso abrumador del desaliento
se desploma sobre él el firmamento. »
....

"Dice, y la hora de arribar resuena
en las tres anclas que al caer á plomo,
ruidosas á la par con la cadena
rompen del mar el *esmaltado lomo.*"

¿Quereis que sigamos copiando? ¿No bastan estos defectos? Pues abrid de nuevo el libro; deteneos en su oda *Redencion del género humano* y leereis:

".....la vida
con tres clavos cosida."
....
"De muerte la escritura
que adquirió el hombre," etc.

¿Deseais conocer sus versos *A Laura*?

"Oh! cuán bella á mis ojos resplandeces
de este mundo *en la nada* (?).
....
"Si te miro en la danza enamorado
aérea cual tu risa (¿?).
....

¿Quereis... Pero, no; basta con lo dicho para demostrar la poca significacion literaria de este autor, y al concluir estos renglones diremos como al comienzo de ellos: olvido para sus obras, perdon para sus faltas, eterna maldicion para la influencia que ejerció.

1868.

RAFAEL MARÍA MENDIVE.

> Le poete ne doit jamais oublier au profit d' un avenir que lui meme trouve plus brillaut, les exigences du présout et du lecteur que ne tieut qu' a le darnier.
>
> RICHTER.

I

Acontece por punto general que aquellos que atinadamente manejan la crítica literaria, son los que, aplicàndo con menor acierto los preceptos del arte, incurren en los mismos defectos que reprochan en los demás, careciendo de las bellezas que en agenas obras celebran y aplauden. Y esto sucede porque há menester el escritor que á la crítica tarea dedique las fuerzas de su

inteligencia y saber, un talento profundamente analítico, gran copia de erudicion y una fria severidad, que, si bien no está reñida, al menos compónese mal y no se encaja y arregla con la briosa inspiracion del vate y lozana fantasía. A este propósito dice Larra—á quien no nos cansaremos de admirar por lo mucho qué discretamente nos deleita y enseña—que mal pudiera el cielo conceder tan codiciados dones á un indivíduo, sin contradecir sus propias leyes; y en comprobacion de esto, cita Fígaro, á Homero, Virgilio y otros más, que si él no los mencionase bien pudiéramos nosotros hacerlo de cosecha propia.

Se agolpan á la mente estas breves reflexiones porque vamos á trazar algunos rasgos biográficos referentes á uno de los cubanos que más se distinguieron en el campo de la poesía, y que más medianamente manejaron el escalpelo de la crítica literaria. (1)

Nació Rafael María Mendive en 24 de Octubre ds 1820, no empezando á darse á conocer entre los amantes de las letras hasta mediados del 47, cuando ya el estudio había fortalecido su inteligencia y su alma se prestaba á las efusiones del amor. Saludado por todos, alentado por muchos, se presenta el nuevo paladin en la arena literaria, recogiendo triunfos, siendo en breve aclamado como un poeta dulce, natural y cariñoso. El mérito que á nuestro entender distingue las poesías de Mendive en esta época, es el de haberse alejado de perniciosa escuela, á la sazon puesta en boga

(1) No acostumbramos estampar juicios sin comprobaciones Véanse sus trabajos en *La Revista de la Habana*, principalmente el que versa sobre un poema de Campoamor.

en nuestro país. Nos referimos á la influencia de Zorrilla que señaladamente se había reflejado en algunas obras de Milanés, tomando carta de naturaleza en las de Palma.

Asocióse este poeta al no menos inspirado Roldan, y con él dió comienzo á las *Flores del siglo*, que vieron la luz pública por entregas (1845), y dos años más tarde, despues de entregar á la imprenta sus *Pasionarias*, tomó parte en los *Cuatro laudes* y dió principio con mayor precision y tino á *La Revista de la Habana*, papel que salía todas las semanas y que alcanzó larga y próspera vida en medio de generales aplausos. (1)

II

Rafael María Mendive, como casi todos los trovadores de Cuba, es tierno y sencillo, y agrada por la dulzura de sus cantos y los delicados matices de su sentimiento.

¡Y esto mismo se le ha querido echar en cara queriendo significar la pobreza de su estro!

Nosotros, que no preferimos ningun género, ni somos apegados á determinada escuela, creemos que donde quiera que se vean cumplidos los fines del arte, allí donde se mire realizada la belleza, debemos admirar la fuerza creadora del ingenio,

(1) En esta revista se dieron á conocer los literatos que más tarde brillaron en Cuba, y entre las poesías que en ella publicó Mendive, merecen citarse el *Canto fúnebre*, *Serenata á Paulina* y la *Música de las palmas*, puesta en música por el célebre y malogrado Gotschalck.

sin detenernos á examinar el tiempo que necesitó en su obra, ni su género, ni su escuela. Nos basta que haya belleza para que la admitamos, y por eso figuran en nuestra modesta biblioteca Homero al lado de Cervantes, Byron y el cantor de Hamlet, Voltaire en el mismo estante que Lamartine y Fr. Luis de Leon, junto á Calderon de la Barca, D. Ramon de la Cruz y Leopardé.

No es ciertamente la filiacion lo que buscamos en un poeta, y por eso no hemos de deplorar que Mendive sólo tenga *una cuerda* en su lira, si bien no disculpamos que, exajerando el tono quejumbroso del malogrado Heredia, preste cierta monotonía á sus cantos, condicion que hace olvidar únicamente con los rasgos de sentimiento y la delicadeza con que los exhorna.

Oigamos lo que dice á su hija:

Cuando en mis brazos con placer te estrecho
lleno de un fuego celestial..... entonces
siento que libre de tu amor en álas
dejo esta vida.
Dejo esta vida y me remonto á un mundo
donde entre sueños la pasion me finje
vastas campiñas de perfumes llenas,
plácidos bosques.
....
Nunca del pobre la mirada apartes;
ave que errante en tu caudal se prenda,
sepa que tiene en tu sensible pecho
cuna de flores.

¿Quereis conocer dos romances de lo más donoso y bello que ha inspirado la musa castellana? Pues leed la *Flor del agua* y *Yumuri*.

El amor á la virtud, el deseo del bien, le dictan la sátira intitulada *Lamento*, en la que alejándose del camino emprendido por Quevedo y Moratin, llora las malas costumbres de la época, en vez de flajelarlas como ellos. No se encuentran allí ni la gracia, ni travesura, ni acerada ironía; pero ¡qué cuadro tan bello y rico de sentimiento presenta á nuestros ojos! Mendíve, entregado á una *soñadora idealidad*—como dice Byron—canta con extrema sencillez, y, avergonzado de los vicios de la sociedad, fulmina contra ellos terribles anatemas.

¡Cuán elocuente, oh Dios, y cuán sonora
debiera ser mi voz en este instante
ya que infortunio tanto el alma llora!
....
Ven y serás al presenciar conmigo
el cuadro de tan mísera flaqueza,
su juez más digno y su mejor testigo. (1)
Escucha... vés? A despuntar empieza
entre celajes trémulos la luna,
mientras duerme feliz naturaleza.
Reposa en calma en su dorada cuna
un candoroso niño á quien halaga
con sus brillantes sueños la fortuna.
La brisa en tanto cariñosa vaga
entre las hebras de sus blondos rizos,
como el postrer suspiro de una maga:
Y un ángel contemplando sus hechizos
suspenso acaso, con placer le cuida
de la luna á los rayos movedizos.
Mas la amorosa madre ¿dónde es ida?
¿Dónde aquel lábio está que con sus besos
suaves no llena el corazon de vida?

(1) Villergas dice, y con razon, que este juez debía ser recto y no *digno*. *Posset sa mot.*

¡Qué versos tan preciosos! Veamos ahora cómo traduce á Moore, en una de sus celebradas melodías irlandesas:

Ven conmigo silenciosa,
niña hermosa,
sobre el mar;
ven á ser mi compañera
cuando el sol solemne impera
ó nos cubre temblorosa
la espantosa
tempestad.

¿Qué me importa ser cautivo
si aquí vivo
sin tu amor;
si ligada está mi vida
con tu muerte, y siempre unida
vá mi suerte á tu existencia
y á tu ausencia
mi dolor?
. . . .

En la tierra los más bravos
son esclavos
¡no en el mar!
Donde nadie nos espía
ni hay más luz, oh niña mia,
que la luz esplendorosa
de la hermosa
libertad!...

No hemos de seguir copiando. No es menester que citemos las composiciones *A un arroyo*, *Una lágrima*, *Desde Europa* y otras mil que escribió Mendive para gloria suya y de su pátria. Con lo expuesto basta para probar el mérito de tan excelente poeta, y tiempo es ya de que digamos algo sobre

los defectos en que suele incurrir, poniendo punto final y remate á este artículo.

No cabe en humana obra nada perfecto, ni hay rosas sin espinas, rayos de luz sin sombras, ni sol sin manchas. ¿Qué extraño, pues, que un poeta presente al par de muchas bellezas, algunos lunares en sus versos? Mendive, el correcto y pulido Mendive, decae en la diccion y escribe versos tan inarmónicos como este:

Nos devoran de dolor y de tristeza,

rimando goza con esposa (Esperanza), aplausos con brazos (á Dervernine) y lágrima con mágica (La gota de agua); tomando verbos en acepcion impropia, como lo hemos probado al hablar de sus tercetos. Mas ¿qué importan estos defectos y algunos otros que no citamos en gracia de la brevedad? *Errare humanum est.*

«En las composiciones de nuestro cantor cubano—dice mi buen amigo el Sr. Cañete—se advierte desde luego que sabe sentir, que tiene ideas propias y sentimientos elevados, que conoce y maneja atinadamente el idioma, que lee con acierto en el gran libro de la naturaleza y que la hermosura de los campos, el agreste explendor de las montañas y la majestad de los mares, causan en su alma impresiones profundas y duraderas; pero se conoce tambien que deslumbrado á veces por el falso brillo de una escuela que tuvo momentáneamente gran boga, y que ha caido ya en la sima del descrédito, cuando no en la del olvido (que es lo mejor que pudiera sucederle), vicia su índole peculiar, seducido por el irreflexivo aplauso que arranca al vulgo el oropel de ciertos ingenios

corruptores, y se empeña en imitar y seguir á qüien no merece tanta honra.»

Estos datos biográficos quedan incompletos. El poeta vive enmudecido en Nasseau, triste y solo, y separado de su hogar y de su pátria. La ola de la revolucion le alejó de Cuba. Destino adverso que roba á la literatura sus más gallardos campeones.

Habana.—1876.

JOSÉ SOCORRO DE LEON.

Escribió este poeta un tomo de versos intitulados *Flores silvestres*, y, como no le conocemos otra cosa, por ellos habremos de juzgarle.

Desde luego salta á la vista que no pensamos bien de sus versos, y de esta opinion ha de convencerse el que leyere si se toma la molestia de repasar esta estrofa, que, como otras muchas, presenta una forma detestable y un pensamiento por demás pobre:

> Dadme *de ádel* sepulcral corona
> y el baston del mendigo *miserable*,
> con su sombrero y frac hecho girones
> para *abrigarme*.

Y no es esto de lo peor que encontramos, pues pagando escote á la manía de su país, escribe sone...tazos, que todo pueden ser menos sonetos.

Sin embargo, á pesar de tantos yerros, no con sobrada lijereza anduvimos al llamarlo poeta, que

bien merece este nombre quien escribió el precioso romance *Te vuelvo á ver*.

Hélo aquí:

Y te vuelvo á ver. ¡Ay triste!
¡Cuánto por este momento,
Cuánto, luz de mis delirios,
Suspiró mi amante pecho!
¡Y te tengo entre mis brazos!
¡Y oigo tu voz y no sueño!
¡Y me dan tus lábios dulces
El más dulce de los besos!
¡Y yo esperaba... esperaba,
Y en la fiebre de mi anhelo
Nunca pensé que llegase,
Nunca este instante supremo!
Pero, ¿es verdad?... ¿no es mentira
Que en mis brazos te contemplo,
Y que es tu voz la que escucho
Y estos besos... son tus besos?
¿Es verdad que eres tu misma
La que ciñes á mi cuello
Tus brazos... cadena suave
De dichas y de embelesos?
¿No es ilusion que te escucho?
¿No es ilusion que te veo?
¿Es tu corazon amante,
Dilo por Dios, el que siento
Que solloza... que suspira,
Y late... como queriendo
Decirme con sus latidos
De tu cariño lo inmenso?...
¡Como que he soñado tanto
De nuestra ausencia en los tiempos,
Me asusta que un sueño sea
La viva emocion que siento!
Y como que en esos dias

De separacion y duelo,
Cuando no soñaba, ¡ay triste
Y duro resentimiento!
Herido en medio del alma
Por el dolor más intenso,
Por el dardo más agudo,
Pensaba con desconsuelo
Que en la tumba del olvido
Sepultabas mis recuerdos!...
¡Oh! permite que en tus lábios,
En tus lábios siempre frescos...
Beban otra vez amores
Los mios que ya están secos!
No te apartes de mi lado...
No te alejes de mi seno...
¡Déjame buscar la vida
En el ámbar de tu aliento!—
¿Vés ese rayo de luna
Que por el follaje espeso
Penetra de una arboleda?
Pues es de amor mensajero...
Amor le manda que alumbre
De la noche en el silencio...
¡La escena más deliciosa
De los amores más tiernos!—

Gilbert sólo dejó un corto número de composiciones, y, sin embargo, se halla colocado entre los clásicos franceses. ¿Qué extraño, pues, que nosotros escribamos aquí el nombre de Leon, despues de habernos legado este delicado romance?

1869.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

I

Vamos á tratar de un poeta infortunado, muerto en lo mejor de sus años, cuando el porvenir le sonreia y tantas páginas de gloria le estaban reservadas por sus cantos.

La guerra, semejante á ese monstruo que nos pinta la antigüedad, todo lo absorve y atropella. A su paso desaparecen hombres, riquezas y hermosura. ¡Ah! y cuántas lágrimas nos cuesta! Heredia muere clamando por el sol de su pátria; Plácido es fusilado en Matanzas, y Zenea, tras de prolongada prision y encierro, recibe igual término que el ilustre cantor de Martinez de la Rosa.

¡Maldita la guerra y bendita la paz!

Nació Juan Clemente Zenea en Bayamo en 1834, y siendo muy jóven aún, contando sólo diez y siete años, colaboraba en *La Prensa* y dirijía, en com-

pañía de su primo Ildefonso Estrada, malísimo escritor, por cierto, *El Almendares*, semanario de literatura y artes (1852).

Alimentando ideas de independencia, *cansado de soportar la mirada del déspota español*, segun decía, tomó rumbo á New-York, y de allí pasó á Méjico, donde redactó el diario oficial de la república, hasta que la revolucion de Yara le llamó á sus filas; y abandonando, entonces, gloria, familia y hogar, escribió artículos de propaganda y combate en *La Revolucion*, disertó en el Ateneo Cubano de Philadelphia, animó á los débiles, esforzó á los valientes, y corriendo tras muerte segura, salió para Nasseau, y de allí para Cuba; conferenció con Céspedes, arengó á los suyos y...—¡terminacion prevista!—apresado por las tropas del Gobierno, fué fusilado en los fosos de la Cabaña en 25 de Agosto de 1871.

A la noticia de su muerte se publicaron en un periódico de la Córte sus poesías póstumas, precedidas de frases apologéticas, protestando contra los voluntarios de la Habana por haber fusilado al poeta que, despues de haber recorrido los campos de la insurreccion «por no ser un esclavo más en el fondo de España», escribía:

Por que tengo por más honra
ser libre filibustero,
que ser pirata negrero
y torpe esclavo de un rey.

Nosotros no hemos de juzgar á Zenea en el campo de la política. A otros toca tan ingrata tarea. En la candente arena de la política no exparcen su

fragancia las flores. Allí todo es campo de soledad y de abandono. En los vergeles de la poesía encontraremos grato solaz y exparcimiento al ánimo. Zenea era un poeta, y en sus versos se retrata su alma apasionada y vehemente.

II

Bajo el punto de vista literario, su vida fué no menos activa y de ello se resienten sus trabajos. Escribía mucho y de prisa, sin detenerse á corregir lo escrito. Por eso vemos composiciones tan detestables, como *El hijo del rico*, en las que no aparecen ciertamente la sencillez y novedad del cantor de Fidelia; por eso vemos que, imitando á García Gutierrez, le copia en uno de los pensamientos más originales de éste, exclamando:

El cielo siempre azul me causa hastío.

Pero, ¿quién no perdona estos defectos en presencia de las infinitas bellezas que encierran sus versos? Juan Clemente Zenea, como Mendive, aunque á nuestro juicio superior á él, es el arroyo que serpentea y fecunda los campos; no el torrente que se desborda espumoso. Poeta de gran sentimiento, de galano estilo y pura diccion, escribió romances preciosísimos, género en el que se distinguió mucho. Y en prueba de ello vamos á copiar algo de su elegía á Fidelia:

Bien me acuerdó! Hace diez años

y era una tarde serena!
yo era jóven y entusiasta,
pura, hermosa y virgen ella!
Estábamos en un bosque,
sentados sobre una piedra,
mirando á orillas de un rio
como temblaban las yerbas.
Yo no soy el que era entonces,
corazon en primavera,
llama que sube á los cielos,
alma sin culpas ni penas!
Tú tampoco eres la misma,
no eres ya lo que tú eras;
los destinos han cambiado:
yo estoy triste y tú estás muerta!
....

Con estos temores vagos
marché á lejanas riberas,
y allá bañé mis memorias
con una lágrima acerba;
juzgué tu amor por el mio,
entibióse mi firmeza,
y en la duda del retorno
olvidé tu imágen bella.
....

Bien me acuerdo! Hace diez años
de aquella santa promesa,
y hoy vengo á cumplir mis votos
y á verte por vez postrera!
Ya he sabido lo pasado...
supe tu amor y tus penas,
y hay una voz que me dice
que en tu alma inmortal me llevas!
Mas... lo pasado, fué gloria,
pero el presente, Fidelia,
el presente es un martirio.
¡Yo estoy triste y tu estás muerta!

No sólo en el romance se distinguió Zenea: le vemos brillar en la oda haciéndonos recordar á fray Luis de Leon, cuando dirigiéndose á la memoria de su pasada ventura y de sus sueños de amor exclama, dias antes de morir, encerrado en aquel calabozo que, á semejanza del infierno del poeta florentino, debe tener esta inscripcion sobre la puerta: *Lasciate ogni esperanza!*

¿Y estas son las hermosas
albas del porvenir? ¡Delirio insano
¡ay mis lirios y rosas!
¡oh dichas engañosas!
¡oh breves goces del amor humano!

Hemos de copiar más? Quereis oir sus hermosas quintillas dignas de Gil Polo?

Mensajera peregrina
que al pié de mi bartolina
revolando alegre estás;
¿de do vienes golondrina?
golondrina, ¿á dónde vas?

....

Bien quisiera contemplar
lo que tu dejar quisiste;
quisiera hallarme en el mar
ver de nuevo el Norte triste,
ser golondrina y volar.

....

No busques volando inquieta
mi tumba oscura y secreta,
golondrina, ¿no lo vés?
en la tumba del poeta
no hay un sáuce ni un ciprés.

Pero á pesar de su ingenio nada comun, pagó

tributo á su época, imitó al dulce Milanés en sus yerros y prosaismos, y llevado por ideas exajeradas de una falsa *poesía social*, trazó cuadros faltos de vèrdad y de mérito, en los que desciende al nivel de un mediano versificador:

"Y en espléndida cuna te acostaron."
"La fortuna tomó por otras sendas."

"Vamos donde los sáuces
gimiendo anuncian
que desde el golfo sube
la blanca luna."

Ya tendremos ocasion de ver cuando tratemos de José Jacinto Milanés, que esos lunares de Zenea tienen su explicacion y orígen en las obras del poeta de Matanzas. No sabemos por qué, ni atinamos tampoco á descifrarlo, siempre que de las obras de éste se ocupan los literatos cubanos, haciendo caso omiso de su *Madrugada* y de la cancion á la tórtola, sólo se fijan en la *Madre adúltera, A Larra, La ramera* y otras piezas del autor de *El Conde de Alarcos*, que, ó mucho nos engañamos, ó son de lo peor que de su pluma ha salido. Achaque será tal vez de nuestra corta inteligencia y saber excaso, encontrar defectos donde sólo hay bellezas, y desechar aquello que precisamente más nos venga en falta; pero... ¿por qué no confesarlo?... no nos conformamos con meras afirmaciones y nombres más ó ménos respetables; queremos que se nos pruebe de una manera clara y terminante, si composiciones en que abúndan versos como estos

"No hay Dios; el hombre es monstruo y su alma fea."
"La pobre cuna donde duerme un bulto"
"Rendida y muda ante el querer de bestia,"

pueden ser buenas ó aceptables siquiera para quien se precia de rendir fervoroso culto á la verdad.

III

Entre las diferentes ediciones que se hicieron de las poesías de Zenea, debe contarse primeramente la que publicada por *El Mundo Nuevo*, de New-York, corre magníficamente impresa desde 1873. La que hizo el poeta en 1860 *(Los cantos de la tarde)*, lo mismo que la formada por los editores de *Las Brisas de Cuba* (1856), á más de ser incompletas, contienen infinidad de yerros y dislates.

Y aquí terminaremos estos apuntamientos, por demás brevísimos y de ningun valor, añadiendo que Zenea escribió en la *Revista Habanera* (semanario que dirigía en 1863) una série de artículos acerca de la literatura anglo-americana, que prueban, cuando menos, lo familiar que debía serle el idioma de Ed. Poe.

Juan Clemente Zenea hubiera sido un gran poeta con más meditacion y estudio; con la agitada vida de conspirador y el corto número de sus años, sólo ha dejado adivinar con sus versos un destello de su génio.

Al repasar la preciosa historia de sus infortunios, ¿quién no maldecirá la guerra? ¿quién no bendecirá la paz?...

1874.

ANTONIO VINAJERAS.

Con poca ó ninguna resolucion y cobarde ánimo, damos comienzo al presente trabajo. Antonio Vinajeras es amigo nuestro; él nos presentó al público de Madrid, cuando por primera vez, bajo el velo de un pseudónimo, dimos á luz un tomo de versos. ¿Será por eso menos imparcial nuestro juicio crítico? ¡Quién sabe! Tal vez, sin darnos cuenta de ello, incurramos en el mismo defecto que de todo propósito señalamos en los demás; tal vez..... péro, no; basta ya de suposiciones, que algo ha de quedar para el curioso lector, y él verá si caemos ó no en falta tan odiosa, que ya, en el pasado siglo, era amargamente censurada por el ilustre Montesquieu.

Los hijos de la América latina que hayan leido las pampiroladas que se publicaron en la Habana contra Antonio Vinajeras, se extrañarán de verlo figurar en nuestra galería, y doblarán desdeñosamente esta hoja, sonriendo con malicia del puritanismo del amor de estos *Apuntes*. No; no paseis

adelante sin detener la vista en esta página. Poco juicio y no mucha cordura sería desestimar las obras de este poeta, cuando aplaudísteis á Betancourt, Cháves y Jacinto Valdés, y tuvísteis un cariñoso saludo para la *Hija del Yumurí*. No son razones las que alegais; los artículos publicados en *Las Brisas de Cuba*, no prueban nada, absolutamente nada, como no sea la poca pericia literaria de su autor, ilustre naturalista ciertamente, pero campanudo y pentacróstico poeta, á quien vienen de molde y como pedrada en ojo de boticario, aquellos versos de mi amigo Villergas:

> Es un poeta en invencion muy flojo,
> y un literato en presuncion muy fuerte.

Y para probar esto, no tendríamos más que apuntar aquí alguna estrofa de su composicion *A un arroyo*, donde *saca el jugo almibarado de las flores, y la tierra, en su fecundo seno, presenta mil insectos, que alimenta*

> *En aquel corto espacio de terreno,*

como dice este poeta por antifrasis; pero hacemos gracia de estas y otras muestras de poesía en estado de *canuto*, y pasamos á tratar de Vinajeras, que, á la postre, como poeta, vale más que él, *malgré lui*.

Uno de los defectos que presentan las obras de Vinajeras, es, sin duda, su número por demás excesivo. Este autor tiene publicados á la fecha, que sepamos, cuatro gruesos volúmenes de poesías, una novela —que, dicho sea entre paréntesis, es su mejor lauro— y una porcion de artículos polí-

ticos y literarios. Su fecundidad, sobrada para el número de sus años, no podía menos de perjudicar el valor intrínseco de sus producciones: todo cuanto ganaron en universalidad, perdieron en correccion y pureza, arrojando un déficit desfavorable á la fama y buen nombre de Vinajeras. La admiracion sube de todo punto—dice un panegirista—cuando le vemos galantear con amoroso discreteo á dama castellana, celebrando sus gracias y hechizos, de la misma manera y con igual facilidad y talento que estudia á Locke y á Kaut, y pronuncia un elocuente discurso, en lengua extranjera, en el Ateneo de Madrid. Necesario se hace un gran esfuerzo para comprender á este literato en todas las esferas que abarca, y muy dificultosa sería, para nosotros, la salida, de ser cierto el dicho del panegirista, si en tal atolladero nos encontráramos; pero, la suerte nos favorece, siendo nuestro propósito más limitado y modesto, y á poco que digamos llenaremos nuestro objeto, aunque malamente en su desempeño, pues andamos de priesa y no tenemos talento y gracia para salir airosos en tal empresa.

Comenzó este hijo de Cuba á darse á conocer en la época más calamitosa del romanticismo melenudo, y aunque calvo, hubo de comprarse una peluca, por no ser menos, y pagar tributo á la diosa casquivana, á trueque de cubrir la parte superior de su indivíduo. Con tan *descabelladas* aficiones, publicó sus dos primeros volúmenes de versos, dedicándolos al Instituto de Francia, rasgo que hace notar uno de sus críticos con tono rumbon y burlona frase, no sabemos con qué motivo, ni por qué razon; pues creemos que cada cual

puede dedicar sus obras á quien mejor le convenga, sin que por esto aumente ó disminuya el mérito que ellas atesoran ó los defectos que encierran. Despues... ; pero ¡tate! íbamos á bosquejar, aunque indirectamente, su biografía, y eso no está en nuestros papeles, y, tanto es así, que le hemos pedido los suyos al autor de *Enriqueta*, sin que hasta ahora este hijo de Matanzas haya dejado de *hacerse el sueco* con nosotros, cosa que, francamente, no comprendemos.

> **Mirad á Dios! El infinito mismo**
> **Estrecho viene á él.**

Así da principio á la introduccion de sus versos, y fuerza es detenernos aquí, para decirle algunas cosas al oido, á fin de que no se enfade; pues, de otra suerte, si el que leyere se enterase de ellas, motivo justo tuviera para enfado.—«Sr. de Vinajeras, eso de que Dios se viene estrecho á sí, me parece una estrechez..... de entendimiento. ¿Le gustan á V. las trompetas? Se lo preguntaba porque entro en gana de regalarle una muy chiquirritica y muy mona, sólo por la curiosidad de saber lo que hará V. con ella. ¿A qué género corresponde la voz infinito? ¿Al neutro? Pues entonces, alma de cántaro, ¿por qué dice V. el infinito y no lo infinito, como debiera decir?..... Decididamente usted quiere que yo le regale la trompetilla.»

Pero dejémonos de secretos, lector, y no te enfades, que sé bien que eso de hablarse al oido, estando otros delante, es sólo privilegio de gente enamorada y necia. Continuemos:

> **"Y Dios *violento***
> **Con nuevos astros orna el firmamento."**

"De Guttemberg la *gloria sin retraso.*"
"La ilustracion avanza triunfadora
Queriéndose *del todo* presentar."

¿Qué te parece de estos versos, lector carísimo? Son malitos, ¿eh?—Lo mismo digo.

Si tuviéramos alguna autoridad en materia literaria y nos atreviéramos á tanto, aconsejaríamos á Antonio Vinajeras que se circunscribiera á la índole peculiar de su génio poético, y que no se remontase á las altas regiones de la *poesía especulativa,* que es *ciencia esquemática;* porque le encontramos más inspirado, correcto y pulido, cuando en tono menos rimbombante celebra la belleza del universo y canta á las flores en la introduccion antes citada:

Azucenas de Abril! galanas flores
Que vuestro seno abris ruborizadas
Cuando evapora el sol con sus fulgores
Del rocío las perlas condensadas.

Aquí hay belleza y fácil expresion y gracejo, y no en esas otras composiciones en que á fuerza de *remontarse*, se pierde por las nubes, empeñado en parecer tan pentacróstico como el celebérrimo autor del artículo de *Las Brisas;* cosa que, á la verdad, no consigue, porque Vinajeras es al fin y al cabo un simple mortal á quien no es dado alcanzar á la realizacion de un imposible. Y no vaya nadie á creerse, que en esas mismas páginas de tan desbaratada poesía no hay algun rasgo, tal cual atisbo de lo que sería este autor, si, como hemos dicho, se ciñera á la propia índole de su carácter poético. Sirvan de ejemplo sinó estos versos que

tomamos de sus odas á la *Lucha del Atlántico* y *Al Niágara:*

"Ante el ráudo Amazona
Dadme, os lo ruego, la sonora lira
Que al Niágara cantó:—ved el gigante
De los rios del Sur, que viene airado
Con vigorosa frente;
Y en paso vencedor y hondo rugido,
Dando á los vientos su fragor profundo,
Y anunciando terrífico á su paso
Que es corto cerco á su furor el mundo."

"Partes resonando,
Atruena bosque y selva tu rugido,
Y entre cavernas cóncavas perdido
El eco se derrama retumbando."

"Señor! Señor! te he visto levantado
En álas de tus rayos; tu grandeza
Dejó de gloria al corazon bañado;
Y postrándome al punto y asombrado,
Adoré tu grandor y tu belleza.
Mas nunca, ¡oh Dios de la verdad suprema!
Te miré como aquí grave, brillando,
Siendo de eternidad divino emblema
El Niágara á tus plantas rebramando,
Tu gloria el sol, el mundo tu poema!"

Desgraciadamente para la reputacion literaria de este autor comenzó á darse á conocer en el período álgido del romanticismo de los duendes y brujas, y de los corazones hastiados y almas corrompidas, y de su nacimiento resiéntense no poco sus obras. Pudiéramos hacer aquí un lijero estudio de aquella época, apuntando todo lo malo que en ella hubo y lo bueno que, por descuido, se conservó; pero esto

fatigaría la atencion del lector y nosotros, al trazar estos apuntes, no nos proponemos sentar plaza de sábios ni de eruditos siquiera, y sí presentar, á grandes rasgos, lo que valen estos poetas, que, á pesar de haber nacido en América, no son ciertamente cosa de el otro mundo.

No sólo escribió Antonio Vinajeras en verso castellano, sinó que tambien echó su cuarto á espadas en la lengua del proscripto de Jersey. Aunque no debiéramos ocuparnos en tales cosas, por no ser de nuestra incumbencia, sin embargo, no podemos resistir á la tentacion que se nos viene, de copiar aquí una poesía, escrita en esa lengua, que, por lo fácil y sencilla, no dejará de caer en el agrado de todos.

Dice así:

TOUJOURS Á TOI. (1)

Pensar, dudar.—V. H.

Si m'adressant au ciel, si caressant ma lyre,
Je voyais ton regard mon âme qui soupire

(1) Esta composicion se halla precedida de la siguiente nota, puesta por Thalés Bernard, elegante escritor premiado por la Academia francesa. « Nous avons pensé que nos lecteurs verraient avéc plaisir ces strophes éscrites dans notre langue par un étranger qui aime passionnément la France, M. Vinajeras, que l'Union des Poétes est heureuse de compter au nombre de ses membres.—Né le 3 Octobre 1833, á Matanzas, dans l'ile de Cuba, M. Vinajeras, est venu habiter l'Europe en 1854. Fixé á Paris depuis une année, il y a publié deux volumes de vers remarquables, débiés á l'Institut, dans lesquels il essaie d'unir la science et la poésie. M. Vinajeras, lié personnellement avec nos plus illustres écrivains, et particuliéremen acrec M. Villemain, est aujourd'hui membre de l'Institut historique, de la Société libre des Beaux-arts et de l'Académie impériale de Rouen. Il est de

Vivrait sans sa douleur;
Et toi ; brillante flamme, astre de ma fortune,
Tu serais á mes yeux le rayon de la lune
Sur le front du Seigneur!

Etoiles! doux réphyrs! o fleurs! o poésse!
Donnez-moi pour toujours le souffle de la vie,
Car je vis pour aimer;
Je vis pour voir les yeux de l' etre que j'adore,
Dans les astres du ciel, sur le frout de l'aurore,
Sur les flots de la mer!

Et toi, reve de l' ame á l' ame entrelacée,
Recois ces vers plaintifs, recois, ma bien-aimée,
La voix d' un cœur absent.
Toujours je pense á tois, c'est pourtoi que j'inyslore
Cet astre demi-dien que l' univers honore,
Rubis du firmament!

¿Hablaremos de *Enriqueta?* Hemos dicho ya que esta novela es la mejor obra de Vinajeras, y lo repetimos aquí, añadiendo que el capítulo titulado, si mal no recordamos, *Una tempestad en el Escorial*, es de lo más bello y animado que, en este género de trabajos literarios, se ha escrito en Cuba. Pocas son las novelas *cubanas* que hemos leido, y si nos desentendemos de las de la Avellaneda, no conocemos ninguna superior á *Enriqueta.*

---

plux chevalier de l' ordre espagnol de Charles III. C' est ainsi que l' Union des Poétes prend me importance considérable, et compte aujourd' hui des correspondants meme dans le Neuveau-Monde.

THALÈS BERNARD.

Paris.—1859.

(Bulletin de l' Union des Poetes).

Y sentimos de todo corazon no poder analizar esta obra, ni ocuparnos tampoco en el estudio de otra no menos importante (sus discursos y artículos), por no darle este bromazo á su campanudo y pentacróstico crítico. Pero ya que no de ese modo, por no consentirlo el plan que nos hemos trazado, no perderemos la ocasion, porque sabemos que la pintan como al señor Vinajeras, y sobre otro punto diremos algo, no mucho, al célebre y distinguido naturalista habanero.

Por ejemplo, dice dicho señor, que el poeta de quien tratamos, confunde con bastante frecuencia los sonidos de la *v* y de la *b*, aconsonantando leve con bebe, etc.: y esta falta, á sus ojos tan enorme, tan piramidal, es para nosotros perdonable en un jóven que comienza, cuando hombres de tan gran valía como Quintana, Hartzembuch y otros la cometen. Véanse, sinó, los siguientes versos:

Mas no la ley que permanente y *viva*
Manda y anima al corazon del hombre,
Y en el órden del mundo eterna *estriba*.....

Y no queremos recurrir á tomar ejemplos de *Cuba Poética*, coleccion *escojida* de versos, porque esto nos parece ridículo, aunque tratándose del asunto que ventilamos todo es poco. Como se vé, la observacion del Decano de la facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de la Habana, carece de valor y de importancia; bien que, siendo cosa tan nimia é insignificante como los lunares que señalamos, lo extraño sería que tuviese algun valor.

Y ya es hora de dar remate y terminacion á

este artículo, por demás largo. Poco ó nada pudiéramos añadir á lo que llevamos dicho. El mérito de los versos de Antonio Vinajeras no es tanto como han pretendido algunos; tienen muchas incorrecciones, muchas faltas gramaticales, muchos prosaismos, muchos...; pero á pesar de sus defectos, y á pesar de la peluca, preferimos las obras de este autor á las de Briñas, Cárdenas y Cháves, Jacinto Valdés y tantos otros, que lucen plumas de pavo real en las letras de Cuba, sin ser ni más ni ménos que grajos al estilo del que nos habla el fabulista; aunque, á decir verdad, si á ello se nos apura y se hace forzosa la eleccion, nos quedamos sin ninguna.

París.—1872.

En el primer número de *El Solfeo*, periódico satírico de Madrid (7 de Marzo de 1875), leemos la siguiente *nota*, que copiamos á la letra:

"D. Antonio Vinajeras ha sido nombrado vice-cónsul de España en Macao.

Están, pues, de enhorabuena:

El Sr. Vinajeras, Macao y el estilo Víctor Hugo (*especialidad* del señor Vinajeras")

Habana.—1875.

Al dar cabida, en el presente libro, al artículo que antecede, echamos de menos la parte biográfica.

Le habíamos pedido, al Sr. Vinajeras, cuenta de su vida y milagros, á fin de llenar ese hueco que deseguida notamos; pero este buen señor, con la modestia que tanto le distingue, nos ha dado la callada por respuesta, empeñado en llamarse *andana*, cuando sabemos de buena tinta que se llama.....—¿Cómo se llama?—Le regalamos una trompetilla á quien nos lo diga.

¿A que no aciertan Vds.?.....

Habana.—1878.

Hace pocos años viajaba yo en el *Mendez Nuñez*, vapor-correo de la Compañía de Lopez. Ibamos con rumbo á Cuba, y entre el abigarrado pasaje había algunas familias habaneras que regresaban á su país despues de visitar la gran Exposicion que tuvo lugar en la capital de la vecina república. El tiempo hermoso y apacible ahuyentaba de nuestro ánimo el recuerdo temeroso de los peligros del mar. José Antonio Cortina y Tejera, hacían el gasto de la conversacion; el uno, entusiasta y verboso, con su natural y rápida palabra nos entretenía agradablemente; el otro, con sus caprichosas barcarolas y cancionetas, nos recordaba que la raza de los poetas es eterna en Cuba, por más

que fuesen, con Tejera, á encontrar su inspiracion en las nebulosas márgenes del Rhin y del Elba.

Tiempo despues, y ya cansado de estar en la Habana, fuíme una noche al Ateneo en busca de impresiones gratas al espíritu, y tuve el gusto de ver colocado en la tribuna al Sr. Vinajeras, leyendo un discurso de Viernes de Cuaresma. Sorpresa grande fué para mí, que imaginaba estuviese este autor en Madrid, encontrarle en semejante sitio. Con voz melíflua y tono que por lo dulzon y almibarado se despegaba un tanto del oido, leyó nuestro matancero muchas páginas de prosa poética, sustentando principios que no hallaban sólido afianzamiento en su argumentacion pobre y enteca. Olía su oracion á panegírico, y picaba en alabanza poco discreta de otras edades, para que pasase inadvertida, allí donde tantos corazones jóvenes y generosos latían, rindiendo culto ferviente y puro á la libertad. Así fué que, á poco de concluir Vinajeras, levantóse Cortina, mi compañero de viaje, y con ademan descompuesto y airado, con desordenada pero elocuente palabra, contestóle entre los aplausos de todos.

¡Y qué diferencia tan notable! El Sr. Vinajeras leía acompasadamente; su voz era igualmente melíflua; su tono dulzon, como queda dicho, y algo empalagoso; su accion rígida y meditada y medida. Cortina, por el contrario: los ondulantes rizos de su caprichosa cabellera batían al aire con los movimientos de su cabeza artística y escultural; su palabra premiosa al par que expontánea era á trechos elocuente é inspirada y á ratos perezosa y lenta, como á veces nos alumbra el sol con luz brillante, y á veces se anubla y oscurece; su ade-

man descompuesto é irritado acompañaba á la frase y sufría sus veleidosas alternativas. Ay! y cómo se revolvía contra su paisano, que tras largos años tornaba al nativo suelo! con qué dureza le atacaba!

El Sr. Vinajeras aplaudió á su contrario y por medio de un señor, que no conozco, nos anunció que, estando cansado, se reservaba para otro dia la tarea de rebatir las proposiciones de su contrario. Yo, al saberlo, no quise volver al Ateneo; el señor Vinajeras, parece que fué de mi opinion y no volvió tampoco. En cambio el Director de *La Revista de Cuba*, sigue conquistando laureles en aquella sala donde tan mal parado quedó el bueno de Vinajeras.

Grado.—1882.